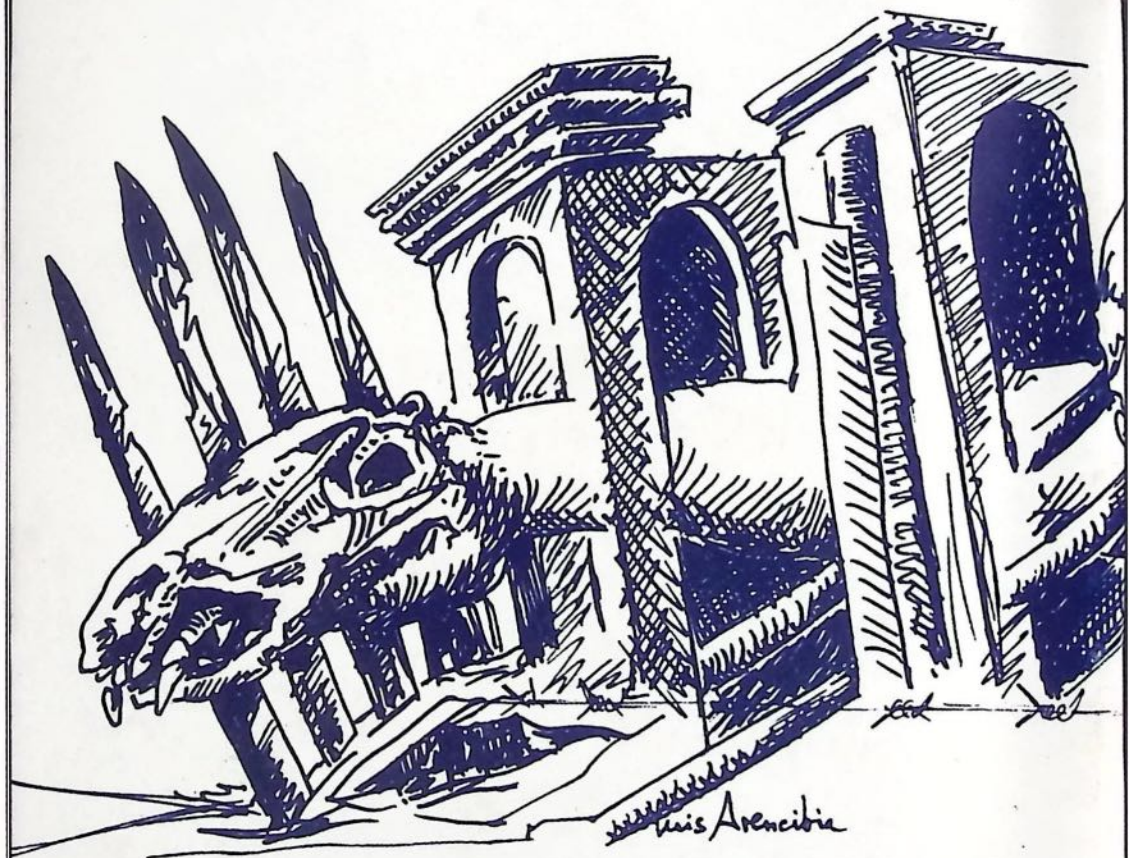
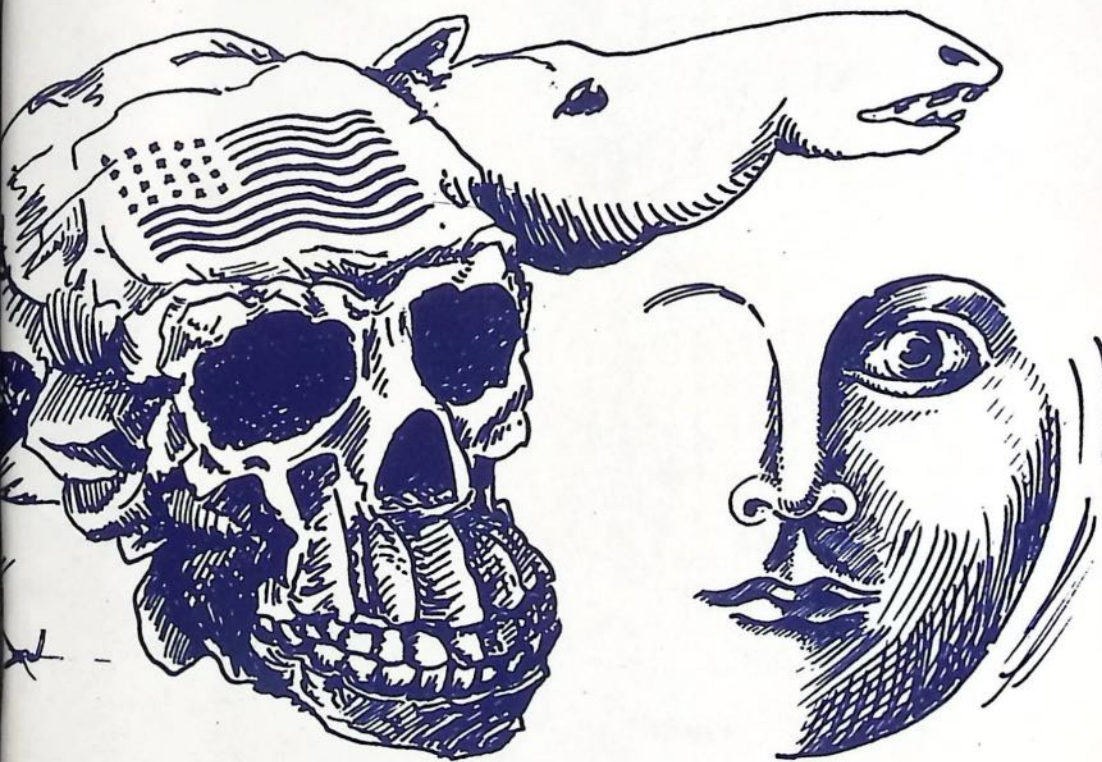


PENSAMIENTO SOCIALISTA



**PENSAMIENTO
SOCIALISTA**
Tribuna chilena de
ideología y política

Año IX. N.º 33
Segundo semestre de 1984
Aportación: 1,50 dólar (o su equivalente)
España: 150 pesetas

DIRECTOR: OSCAR WAISS

EDITOR: Centro de Estudios Salvador Allende.

CONSEJO DE REDACCION: Carlos Altamirano, Aniceto Rodríguez, Erich Schnake, Jorge Arrate, Dr. Enrique Sepúlveda, Alejandro Jiliberto, Carlos Fortín, Juan Bustos, Alejandro Witker, Armando Arancibia.

PORTADA: Luis Arencibia.

SUMARIO

Pág.

EDITORIALES Una oposición descoyuntada. El drama de los exiliados. Nicaragua en la picota. La inestable democracia. La humanidad como rehén. Sus cien y cien más	3
POLITICA	
El marxismo moderno. Enrique Sepúlveda	10
El Vaticano, la Iglesia y la teología de la liberación. Mario Boero . .	15
La Iglesia: carisma y poder. Iván Planells	17
ANALISIS	
Bipolaridad y guerra. Oscar Waiss	19
Reflexiones sobre la no violencia. Fernando Mires	29
DOCUMENTOS	
Declaración Colegio de Periodistas	33
La lucha continúa	34
ARTE	
Tierra mía. Luis Troncoso. Vagando entre sí mismo y el viento. Lautaro Quintanilla	36
¡Alemania, adiós! Ignacio Burgos	37
LIBROS Y REVISTAS	
Cinco reseñas de libros	39
Publicaciones recibidas	40

**CORRESPONDENCIA
Y CANJES:**

CENTRO DE ESTUDIOS
SALVADOR ALLENDE
(Revista)
Apartado de Correos 37037
Madrid. España

LOS ARTICULOS FIRMADOS
REPRESENTAN LA OPINON
DE SUS AUTORES Y LA REVIS-
TA NO COMPARTE, NECESA-
RIAMENTE, SU CONTENIDO.
LA REDACCION SE HACE RES-
PONSABLE DE LOS EDITORIA-
LES Y DE LOS TRABAJOS QUE
NO LLEVAN FIRMA DE AUTOR.

A NUESTROS AMIGOS Y DISTRIBUIDORES

Hacemos un urgente llamado a nuestros amigos y distribuidores de todos los países de Europa y de Africa donde remitimos la revista para que hagan llegar de inmediato las cancelaciones por los ejemplares recibidos en la misma forma en la que lo han hecho hasta hoy.

En otra forma nos resultará imposible continuar editando esta tribuna plural de ideología y política.

Confiamos en la conciencia de los amigos y compañeros que nos han apoyado hasta ahora.

La Dirección

EDITORIALES

UNA OPOSICION DESCOYUNTADA

1 Los observadores políticos de todo el mundo se preguntan cómo es posible que en Chile pueda mantenerse la dictadura militar cuando la inmensa mayoría de los ciudadanos denuncian sus métodos de terror y sus lineamientos económicos y sociales. La respuesta debemos buscarla en la relativa ineficacia de una oposición socavada por rencillas subalternas y contradicciones internas.

En primer lugar, existen tres frentes de oposición, ya que sería exagerado hablar de resistencia: la Alianza Democrática, el Bloque Socialista y el Movimiento Democrático Popular.

La democracia cristiana, base esencial de la Alianza, rehuye un compromiso con el partido comunista, suponiendo que esta reticencia le otorga mayor credibilidad ante el gobierno de Reagan; en vez de mirarle la cara al pueblo chileno, se la contempla a la Administración republicana. En el interior de la propia democracia cristiana existen, por lo menos, tres corrientes encontradas, situación que los ha obligado a postergar la elección de su nueva directiva.

El partido comunista, a su vez, ha intervenido —y sigue interviniendo— en los problemas particulares de la organización socialista, creando un clima de desconfianza en el seno del movimiento popular. Y los socialistas no hemos tenido una actitud ejemplar, ya que son conocidas las discrepancias ocurridas en un partido que no tiene vocación de partido bisagra sino que conlleva la herencia de una conducción política gravitante y decisiva.

Problemas mínimos y hasta absurdos se constatan en todos los partidos, grupos y sectores que conforman la oposición al régimen de Pinochet. En esta forma, el imperialismo hace su juego, la reacción mantiene sus posiciones y la cúpula castrense continúa sus atropellos, pese a que, sumada, la oposición represen-

ta la voluntad de todas las capas de la población chilena.

La proposición socialista de una oposición única debe ser considerada de inmediato como el camino para recuperar las libertades.

El drama de los exilados

2

Atenuado, tal vez, por la brutalidad de los acontecimientos en el interior del país, el drama de los exiliados se perpetúa ya por más de una década y estremece la conciencia de una gran parte de la humanidad civilizada. Decenas de miles de chilenos se ven privados del elemental derecho humano de vivir en su propia patria, junto a sus familiares y amigos, en el suelo y bajo el cielo que los vio nacer.

Seis de ellos han intentado por tres veces ingresar sin autorización del gobierno y han sido rechazados con inhumanidad y violencia. Se ha publicado una lista de cinco mil ciudadanos a los que se les impide el retorno, pero a quienes no figuran en esa nómina tampoco se les permite hacerlo. O sea, que la lista no es más que un nuevo fraude para desorientar y engañar a la opinión pública, tanto nacional como internacional.

Los seis dirigentes que llegaron al aeropuerto de Pudahuel en aviones de líneas europeas no pudieron desembarcar y fueron, en el interior de los aviones, golpeados y esposados, sin la debida protesta de los pilotos de esas naves aéreas o de las representaciones diplomáticas respectivas. Se demuestra así, una vez más, que la solidaridad, muchas veces, no es sino una mera palabra carente de contenido real.

Estos miles de chilenos que deambulan por todos los países de la tierra sufren la arbitrariedad de la dictadura y caen, algunos de ellos, en extremos de miseria y de desesperanza. Chile es signatario de tratados en que se enumeran los derechos humanos y en los cuales se prohíbe constreñir a los ciudadanos a permanecer lejos de sus hogares, ya sea de nacimiento o de adopción. Este drama colectivo debe adquirir la prioridad necesaria para que la presión internacional obligue a la dictadura a modificar su criterio.

A quien le quitan la patria es como si le arrebataran

la vida misma. A nadie puede aplicársele una pena «indefinida». Y, mucho menos, cuando no ha cometido delito ni se le ha juzgado jamás por un tribunal medianamente presentable.

Nicaragua en la picota

3

Ese mismo imperialismo que no pone en la picota a Pinochet, sí que se ensaña con el régimen nicaragüense al que acusa de falta de democracia y de violar las normas de lo que llaman, eufemísticamente, «el mundo libre». Mientras no condena al dictador chileno que se ha autoatornillado en el poder hasta el año 1997, cerca implacablemente al pequeño país centroamericano, en el cual se hicieron recientemente elecciones en las cuales participaron más del 80 % de los ciudadanos con derecho a voto.

Con escalofriante cinismo la Administración republicana de Estados Unidos ha pretendido hacernos comulgar con la rueda de carreta de una absurda invasión organizada por Managua sobre territorios de Honduras y El Salvador. Es decir, ha pretendido mostrarnos a la víctima como el victimario, al ladrón detrás del juez.

Para nadie es un misterio que sólo el horror que provoca en el mundo este matonaje imperialista ha impedido, hasta hoy, que las amenazas de una invasión se conviertan en la horrible realidad de la masacre. La creciente bipolarización universal mantiene focos de peligrosa tensión en numerosas zonas de la tierra. En el cercano oriente, en los balcanes, en Afganistán, en la guerra Irán-Irak, en la India o Pakistán, en centroamérica o en el golfo pérsico, por todo lo largo y lo ancho del planeta.

Nicaragua, por razones obvias, nos toca a los chilenos más de cerca el corazón, lo que no significa ignorar la realidad internacional. Somos víctimas de similar prepotencia en la zona americana y padecemos problemas que nos resultan familiares. Una invasión de Nicaragua la sentiríamos como un golpe asestado en nuestro propio cuerpo. De ahí nuestra comprensión y nuestro alerta.

En general Sandino murió por las mismas razones que llevaron al sacrificio de su vida al presidente Allen-

de. El pueblo de Nicaragua lucha por la misma causa por la que tanto ha sufrido el pueblo chileno. El imperio es el común y gran enemigo.

La inestable democracia

- 4 No podemos ignorar que en algunos países de América Latina, las tiranías castrenses han ido cediendo el paso, bajo el peso de sus errores y de su incompetencia, a gobiernos civiles o, por lo menos, más moderados en sus métodos. En Brasil los abusos del general Figueiredo se ven frenados por los avances de los grupos civiles; en Argentina, el radical Alfonsín mantiene con esfuerzo su control de los desacreditados generales; en Uruguay, el pueblo ha aplastado los últimos corcoveos de un ejército folklórico. Por todas partes el pueblo consigue recuperar libertades y el imperio se ve obligado, no siempre de buen temple, a respetar tales conquistas.

No todo, sin embargo, es de color de rosa, porque las burguesías criollas, que llegan al poder por fatales equilibrios entre los impulsos nacionales y las presiones internacionales, no están en condiciones de atacar el mal en su raíz; ni pueden dominar a los terratenientes ni aplastar a los especuladores, ni levantar las industrias arrasadas por los monopolios, ni liberarse de la tutela del Fondo Monetario Internacional, ni frenar las ganancias de las transnacionales, ni redistribuir de manera equitativa los ingresos de la nación.

En las regiones subdesarrolladas —y América Latina lo es en su cabalidad— las burguesías representan el principal fracaso histórico, que se agrava en esta época por su dependencia cada vez mayor del sistema de los monopolios. El pueblo en su conjunto, como «bloque» social mayoritario, es el único capaz de «cambiar» al sistema capitalista por una sociedad socialista. Pero esos pueblos suelen carecer de una dirección política capaz y de dirigentes con estatura histórica. Esa es la gran tarea que el futuro impone a los grandes conglomerados humanos de las naciones postergadas.

La democracia es un gran paso adelante frente al terrorismo militar; pero si queremos que esas demo-

cracias sean estables y progresistas deberemos aportarles la base social indispensable para consolidar los «cambios» estructurales.

La humanidad como rehén

- 5 Nicaragua se ve amenazada por la invasión despiadada de los «marines» norteamericanos; Chile se ve humillado por la bota militar respaldada por la Casa Blanca; los palestinos sufren la diáspora impuesta por la fuerza de las armas; los afganos se ven aplastados por un ejército extranjero que los oprime en nombre de la libertad; los etíopes tienen dinero para comprar tanques pero no para alimentar a seis millones de hambrientos que pululan en su territorio; iraníes e iraquíes despilfarran sus ingresos en una guerra inexplicable; sobre el tapete verde del mundo actual dos grandes jugadores, impasibles e implacables, se rifan el destino de la raza humana.

En una época en que se almacenan armamentos nucleares de un costo inverosímil y en que se planifica la «guerra de las galaxias» con artefactos sofisticados casi impensables, en el tiempo de la tecnología de punta, de las computadorlas y los robots, más de seiscientos millones de seres humanos padecen el terrible flagelo del hambre.

Antes de quince años la población de la tierra pasará de los seis mil millones de habitantes y, de ellos, más de cinco mil millones vivirán en zonas subdesarrolladas, o sea no podrán gozar de los mínimos razonables de bienes para su subsistencia.

Esta realidad apocalíptica apenas roza la epidermis de los «estadistas» que se disputan el dominio del mundo, jugando con la suerte de todos que venimos a ser, simplemente, rehenes de esta confrontación demencial.

Es verdad que una gran parte de países, organizados en el movimiento de los no-alineados, tratan de forzar la mano de los dos principales jugadores a fin de recobrar un clima de estabilidad y coherencia; pero también es cierto que los gigantescos consorcios monopolísticos de nuestro tiempo, en cuyas arcas se acumulan las ganancias de la industria armamentística,

frustran tales tentativas arrastrándonos a todos por la pendiente de la irracionalidad.

Así caminamos por la cuerda floja de la historia. En esa forma nos deslizamos por el agudo filo de la espada.

Sus cien y cien más

- 6 Son los grandes consorcios transnacionales los que hacen el caldo gordo con los negocios de armamentos hasta el extremo de que, como la transnacionalidad implica fusiones del capital más allá de las fronteras, suelen vender misiles o cazabombarderos a países enemigos, cuyas bombas provienen de las mismas fábricas. Por eso, si queremos condenar con justicia a los instigadores de las masacres, debemos referirnos al bloque capitalista.

Sin embargo, no es la más efectiva la política seguida por algunos países de economía socialista a fin de eliminar los peligros de una conflagración mundial. China se ata de piés y manos a las iniciativas de Reagan, la URSS invade Afganistán y otras naciones de ese mismo signo llegan a la lucha directa entre ellas. No se puede preconizar la paz comprometiéndose con la guerra.

Seguramente no hay otra forma de replicar a la colocación de misiles con cabezas atómicas que ubicando, frente a ellos, otra serie similar de ingenios nucleares, pero sí es posible imponer el diálogo con una verdadera intención de minimizar los peligros. El juego de yo pongo cien y tú me dices sus cien, y cien más, es demasiado irresponsable, excesivamente frívolo, peligrosamente irracional.

No se trata de buscar culpables por el vano propósito de tranquilizar la conciencia. De lo que se trata es de ubicar, primero, la raíz del mal y, después, de encontrar los métodos para evitar que el mal se propague. La raíz está en la ambición imperialista y en el sistema transnacional de poder. Los métodos deben consistir en la conciencia aplastante de los pueblos amenazados. Y no se consolida esa conciencia adoptando las prácticas del culpable, sino que denunciando constantemente sus intenciones.

No debemos considerar a los no-alineados como una especie de reserva potencial de uno de los bloques, porque eso sería hacerle el juego al imperialismo. Los no-alineados representan el factor subjetivo contra el belicismo. Reflejan la conciencia de las masas del mundo entero.

POLITICA

EL MARXISMO MODERNO

(Ideas para el nuevo programa del Partido Socialista de Chile)

Enrique Sepúlveda

Una expresión vigorosa de las tesis marxistas que motivaron la fundación y trayectoria del socialismo orgánico chileno nos remite, desde Francia, un viejo y activo militante del movimiento revolucionario. «Pensamiento Socialista» está abierto a todas las opiniones, especialmente cuando reflejan una búsqueda doctrinaria coherente.

Así tituló Oscar Weiss un artículo aparecido en el n.º 31 de «Pensamiento Socialista» (enero-marzo de 1984), orientado a la «defensa» del marxismo, en cuanto doctrina rectora del «socialismo histórico» y motor de la revolución del 4 de junio de 1932, de la Declaración de Principios de 1933, de los «Fundamentos del Programa» de 1947, reafirmada en todos los Congresos partidarios.

Pensamos que esta raíz no puede ser cambiada por instancia alguna, hasta que una Conferencia de Programa y un Congreso General del Partido, bajo el mandato imperativo de los militantes y de un movimiento obrero y popular en auge, decida un tamaño «cambio» cualitativo.

El exilio en Europa contempla un socialismo «a la occidental», definitivamente colaboracionista y poco convencido de la transformación socialista, embarcado en una lucha pacífica y parlamentaria tradicional, bajo el alero poderoso de las transnacionales. La propia Internacional Socialista, alentada por la renuncia de la socialdemocracia alemana, a partir de la década del 50, a la rica herencia marxista, vive la hora de un eurosocialismo centrado en «reformular» al capitalismo más que a abolirlo. También nos obliga a asistir a la agonía —acaso sin remedio— del stalinismo, que pretendió convertir las ideas del socialismo científico en dogma esterilizante, en escolástica reaccionaria, en política repudiable.

La década del 80 ha sido rica en enseñanzas. El eurocomunismo, que pretendió falsificar a Gramsci para disimular sus errores, no puede ocultar su oportunismo, ni justificar teóricamente el fracaso del «socialismo real», puesto al desnudo por los millones de trabajadores polacos que reclaman su derecho a la libertad y a la autogestión de la sociedad y del Estado. Por su parte, la Internacional Socialista, que en la década del 70 apareció con fuerza renovada, en estos años de crisis, de cesantía y de recesión, en vez de ponerse a caminar hacia el socialismo, se ha dedicado a apuntalar el sistema de las transnacionales y a frenar las luchas de los trabajadores.

La tercera revolución industrial, con la electrónica al frente, ha lanzado los ordenadores, la informática, la telemática, la robotización, empeñada en solucionar la hecatombe imperialista mediante un colosal esfuerzo tecnológico. Los 30 millones de cesantes en los países de la OCDE, la hambruna brutal en el África, la brecha cada día más vasta entre los países atrasados y los industrializados, testimonian la imposibilidad de la «técnica» y de la ciencia pura para sacar a la humanidad del abismo, abonado de antemano por colosales gastos de guerra. Una tecnoburocracia insolente y dispuesta a servir al sistema en nombre de una ética social, ha dado vuelta la espalda al materialismo y a la dialéctica para pasar como mercancía «socialista» su entrega real. Su interlocutor privilegiado han sido las capas medias y el «centro» político burgués con sus ilusiones decimonónicas.

Nada tiene de extraño que las derechas europeas, alentadas por el poder transnacional, hayan resucitado los viejos demonios del fascismo, sus concepciones autoritarias y anti-obreras, su odio concentrado contra las «razas» de color. La ralea de los «nuevos filósofos», proclama el fin de las ilusiones pluralistas e igualitarias y toma como culpable de todos los males de la sociedad al marxismo, al cual declara muerto para siempre todas las semanas.

La amalgama es simple. Envuelven en una misma mortaja al «socialismo real» fracasado, al dogmatismo y al «mesianismo marxista» de clase. La cesantía, la crisis en curso, las exigencias sindicales, no derivarían de las contradicciones del sistema, sino de la política socialista y comunista.

Un sesudo profesor chileno, sociólogo renovado, caído en la «oposición», ofrece a los izquierdistas de Chile, una receta milagrosa para la salvación del país. «La corriente política de renovación —ha dicho— debe elaborar su teoría dando cuenta de estos procesos históricos: la derrota de 1973, la crisis del marxismo y de los socialismos, y del nuevo escenario social creado por el autoritarismo en Chile...». Y agrega: «Una de las tareas que enfrenta esta corriente política, todavía en proceso de constitución, es la de refundar una teoría. Como toda refundación de un sistema de ideas que se han concretizado en organizaciones y en proyectos sociales, ella no puede operar como pura y simple disolución. Debe hacerlo a través de un doble movimiento de ruptura y continuidad». Un proceso por etapas para hacer tragar a los trabajadores chilenos la refundación del socialismo.

Conviene no confundir. Moulián expresa, desde la trinchera popular, desde la «oposición de izquierda», las aspiraciones de una pequeña burguesía socializante que no acepta el marxismo, ni siquiera como explicación del mundo y de sus cambios. Pero el diálogo, el «compromiso histórico», el bloque nacional popular (que supone utilizar a los partidos obreros como postillón y no como expresión de la hegemonía de los trabajadores), tiene como soporte no confesado la condena de una doctrina «iluminista», que pretende poseer la «verdad absoluta» y que justifica la lucha de clases.

¿Refundación o renovación?

La vieja y la nueva burguesía racionalista y liberal europea, en la hora sombría del temor a una guerra atómica, actora y sostén de las limitaciones y carencias democristianas, radicales o «socialistas» para solucionar la prolongada crisis, las justifican afirmando que el marxismo es peor, porque «en su nombre se han formado sociedades despóticas». Aceptan que los partidos obreros, aún aquellos que se reclaman del socialismo científico, existan... siempre que no luchen —realmente— por ayudar a bien morir al capitalismo para fundar las bases del socialismo.

Y lo hacen con mayor empeño a partir del día en que la socialdemocracia alemana (década del 50), castró al socialismo europeo-mediterráneo de la rica herencia de Marx y Engels, olvidando que, al hacerlo, robaba su alma proletaria y revolucionaria al movimiento social emancipador. Mefistófeles les pagó por ello el Plan Marshall y un auge tecnológico e industrial cuyos 25 años de vigencia fueron posibles mediante el freno y el menoscabo ideológico de una clase obrera sólidamente organizada y con brillantes tradiciones de lucha.

La historia, sin embargo, siguió su camino y las contradicciones acumuladas por el imperialismo arrojaron al seno de la sociedad satisfecha la diabólica dialéctica, el materialismo renovado y la inevitable lucha de clases, burlándose de los tardíos émulo de Bernstein y de las previsiones de Keynes. Privada de la antigua doctrina y de la profunda fuerza social que alentaba y expresaba, la Internacional Socialista permaneció como «corriente social obrera», pero proclamó abiertamente su decisión de sostener «democráticamente» al sistema en crisis. En vez de preparar dirigentes aptos para acaudillar a las masas en un nuevo auge de sus luchas, se limitó a estimular la ambición de una tecnocracia lista para administrar la era de la electrónica, o para «administrar» los bienes de la burguesía replegada.

En su libro reciente, «El cambio en España y en América Latina», Oscar Weiss utiliza el marxismo para aproximarse al mundo de ayer y de hoy, a sus «cambios» ocurridos en brazos

del constante devenir social. Para él, no cabe duda que se trata de una teoría y de un método dialéctico vivo, capaz de alentar una concepción coherente, sin olvidar que la obra monumental de Marx quedó inconclusa y que sus ideas jamás constituyeron un «dogma», una «doctrina cerrada», o una «verdad absoluta» sustraída al tiempo y al espacio. Como marxista auténtico, acepta su enriquecimiento y la actualización de sus logros y el análisis de sus errores. Pero defiende aquellas ideas válidas para todo un período histórico. De ahí que, siguiendo lo afirmado en los «Fundamentos del Programa Socialista» afirme que «las burguesías criollas en América Latina han fracasado históricamente y han llegado a convertirse en una clase «inerte» que, cada vez más refleja su dependencia del sistema transnacional de poder. Esta situación deriva, principalmente, de las siguientes circunstancias: a) no fueron capaces de concretar el sueño de Bolívar que trató, a comienzos del siglo pasado, de impulsar un ambicioso proyecto de unidad continental; b) no quisieron emprender la desamortización de la tierra cultivable a fin de elevar los niveles de alimentación de los pueblos; c) no supieron instalar industrias suficientes para asegurar el progreso y cimentar las economías, y d) no lograron, siquiera mantener gobiernos democráticos estables». Y agrega: «Debemos pues, sacar como consecuencia que el «cambio» no surgirá por la vía «imitativa» de las democracias occidentales, sino como expresión de las presiones sociales impulsadas por un «bloque histórico» en que los sectores burgueses que puedan participar no resulten «hegemónicos» ante el conjunto de los trabajadores manuales e intelectuales que constituyen, inobjetablemente, en todos estos países, la mayoría nacional».

Es una verdad. La derrota de 1973 arrojó hacia atrás al movimiento obrero y popular chileno. Pero estos once años de dictadura militar, cubiertos con la capa raída del régimen conservador portaliano para ocultar su entreguismo a las transnacionales y a los «conglomerados» capitalistas, con apagón cultural y todo, no han logrado *destruirlo*, ni arrancar de la memoria colectiva de las masas populares sus tradiciones o sus logros de conciencia política.

Ese mundo sumergido arranca desde al alba de la clase obrera chilena, cuya praxis original le dejó inolvidables huellas, aún antes que por el territorio chileno empezaran a circular las ideas del socialismo utópico, de Lammenais, de Fourier o de Pedro José Proudhon, así como las primeras letras del marxismo. De modo que el mundo de las «ideas» no fue asimilado como una «mercancía importada» desde una Europa avanzada, sino que pasó a integrarse orgánicamente a su acervo.

Cuando Recabarren funda en 1912 el Partido Obrero Socialista, los trabajadores chilenos poseen ya una levadura nacional irrenunciable. Como las condiciones históricas y sociales dentro de las cuales viven y luchan, los obligan a duros combates, a estar alertas frente a la agresión patronal y estatal, el maestro conforma la naciente «conciencia de sí», la politización necesaria, mediante la propaganda oral, más que mediante la «agitación», y sus folletos toman la forma de «catecismos» explicatorios para una masa recién arrancada del latifundismo y de la ignorancia. El marxismo no les llega como artificio de letrados, sino que viene de Argentina o de España en cuanto propuesta directa y simple para su emancipación. La III Internacional y la revolución Rusa, más tarde, llenas de contenido y de pasión movilizadora, aportan su fuego en medio de un auge sin precedentes de sus luchas, apenas apagadas en el curso de la primera guerra mundial.

El stalinismo no pudo pasar su mercancía falsificada durante los años que siguieron a la muerte de Recabarren, que asistieron a un reflujo internacional del movimiento obrero, hasta llegar a la gran depresión de 1929-33. El Partido Comunista, ahora dirigido por la burocracia rusa y por Stalin, ordena un viraje ultraizquierdista y radicalizante en medio del retroceso popular, califica al socialismo y sus partidos de «social-fascistas» y cubre su contrabando liquidador con la impostura «marxista-leninista». Tras la dictadura de Ibáñez, las clases dominantes chilenas creyeron que el marxismo estaba muerto.

La verdad es que el pueblo trabajador, pese a las represiones, a la parálisis económica y a la cesantía, no renunció ni «renegó» de su raíz clasista. La revolución del 4 de junio de 1932, dirigida por un puñado de obreros, de intelectuales y militares socialistas, mostró que el fuego estaba vivo. La Declaración de Principios del Partido Socialista (1933), al tiempo

que percibía la presión ascendente de los trabajadores, se reclamó del marxismo con insospechado vigor. Más tarde, los sucesivos Congresos y los «Fundamentos» elaborados en una Conferencia de Programa, reafirmaron como doctrina al marxismo crítico y humanista, sometido «a los constantes cambios del devenir social».

La formación social chilena, así como la historia real del movimiento obrero, con la formación de un Partido Obrero Socialista de masas transformado en Partido Comunista al calor de la revolución de Octubre, derivó al crecimiento del Partido Socialista nacido en 1933. Esta realidad impidió, en gran medida, la aparición de un Partido «nacionalista burgués o pequeño burgués», como ocurrió en Perú (APRA), Argentina (Peronismo), o en Bolivia (Movimiento Nacionalista Revolucionario). En 1947, en forma coherente y teóricamente fundamentada, los «Fundamentos» demostraron que los objetivos de liberación nacional y democrático-revolucionarios sólo eran posibles bajo hegemonía de la clase trabajadora, dispuesta a pasar —sin solución de continuidad— al socialismo. De modo que el «socialismo histórico» —mucho antes que aparecieran los consejeros de la *refundación* partidaria o socialista— vio en un «bloque nacional y popular» una trampa para rehabilitar la «hegemonía» burguesa en la transformación radical de la sociedad civil y del Estado, aunque se cubriera con la bandera de «la revolución por etapas».

La renovación y el socialismo

El vuelco histórico ocurrido a raíz de la contrarrevolución comenzada en 1973 no ha alterado la condición semicolonial de Chile. Ni ha abolido los fundamentos capitalistas que caracterizan las actuales relaciones de producción y de cambio. Tampoco ha modificado —en lo substancial— la estructura latifundista del agro. Ni ha terminado con la división de la sociedad en clases antagónicas y hostiles.

Nuestra «dependencia» neocolonial se ha agravado. Se ha hecho más profunda y vasta, gracias a la acción de las transnacionales y a la estrategia norteamericana a escala mundial. De modo que la tarea de liberarnos del pesado yugo extranjero, aparte de enfrentarnos a una resistencia más encarnizada que ayer, nos obliga a colocar el problema «nacional» en el epicentro de nuestro Programa, de una Plataforma de Lucha popular, y de nuestro quehacer político.

Tampoco el latifundio ha dejado de existir. Teñido de ilegitimidad histórica debido a la «Reforma Agraria» acelerada durante el gobierno de Allende, ha cobrado renovado derecho a la existencia sobre la base de privilegiar las exportaciones «no tradicionales», de liquidar al inquilinaje, de empobrecer al pequeño propietario o parcelero, de dar un golpe severo a las comunidades indígenas del Sur, de lanzar a la miseria a los jornaleros agrícolas y de obligarlos a emigrar hacia la periferia inhóspita de las ciudades. La industrialización alcanzada hasta 1973, así como sus niveles de producción orientados al mercado interno, ha retrocedido o ha sido arrasada. De modo que la atrasada burguesía industrial y agraria es HOY más débil y raquítica, al tiempo que el proletariado industrial urbano ha desaparecido de la actividad laboral en una cifra vecina al 50 %. ¡Milagros de la reprivatización capitalista!

Digamos más. Las capas medias, en su abrumadora mayoría, asisten al rebajamiento de sus niveles de vida, de salud, educación y cultura, mientras una fracción minoritaria —incorporada a los servicios— se ha allegado al sistema bajo la ilusión de obtener el status de una tecnoburocracia bien pagada.

Ni que decir tiene. La formación social chilena no es la misma que en 1973. Las relaciones de propiedad se han alterado. La estructura de las clases y la relación de fuerzas al interior de ellas, es distinta. El nivel cultural de la población sufre un «apagón» que no es extraño al retroceso del desarrollo de las fuerzas productivas del país alcanzado entonces.

De ahí la imperiosa urgencia de una Conferencia de Programa que muestre al pueblo de Chile objetivos históricos y una alternativa socialista original. Del estudio de los «cambios» ocurridos, de una formulación colectiva del diagnóstico válido, se hará del marxismo una voz atenta a las variaciones ocasionadas por el «constante devenir social».

Los «Fundamentos del Programa», la Tesis del Frente de Trabajadores, la experiencia traducida en fuente viva mediante los Congresos, en aquello que han sido forjados para todo un período histórico, contienen premisas y afirmaciones irrenunciables. No otra cosa implica la «renovación» y conservación —al mismo tiempo— de lo que se llama «el tronco histórico».

Recordemos, a manera de ejemplo, que los «Fundamentos» definieron «el próximo período histórico como el de la crisis mundial del capitalismo imperialista, que planteó ya —desde la guerra de 1914/18—, la necesidad de una revolución socialista a las naciones de todo el orbe». De ahí su afirmación de que «el socialismo es revolucionario», y se enfrenta a «fuerzas sociales antagónicas, irreductibles a cualquier integración dentro de las actuales relaciones de propiedad». Para insistir: «El fenómeno de la lucha de clases —más virtual que explícito— en las sociedades antiguas y medievales, es —en la época moderna— fundamentalmente económico, el factor dinámico por excelencia de la vida histórica. De él resulta la progresiva inestabilidad de las sociedades modernas, agitadas en su base misma por las fuerzas de antagónico sentido».

En el n.º 1 de sus Directivas principistas formula la suprema finalidad política partidaria, al decir: «El Partido Socialista, sobre la base de una interpretación marxista de la realidad, lucha porque se establezcan condiciones de vida —económicas, sociales y políticas— que permitan al hombre el pleno desarrollo de su personalidad por el trabajo, dentro de la estructura social renovada en función de los más altos valores éticos de la conciencia humana. Para ello, el Partido Socialista considera de imperativa necesidad la transformación integral de las conquistas sociales alcanzadas hasta ahora por la actividad de los hombres en el proceso orgánico de la cultura».

Ningún socialista renegará de su doctrina, o aceptará arrojar el marxismo humanista y crítico al rincón de los trastos inútiles. Tampoco tolerará que su rica memoria colectiva, abonada por una tormentosa lucha de clases y una conciencia lúcida enraizada en la historia real de Chile, caiga en injusto olvido. Raíz y tronco histórico, fruto de una experiencia de millones de seres humanos, en el curso de años plenos de aciertos y de errores, están ahí como grito y roca. No necesitan ser «refundados».

¡Que Reagan y Pinochet enciendan los fuegos fátuos del anti-marxismo! Que ante la tempestad social que se acerca, amenacen con el «caos». Que su terrorismo ideológico impresione a los oportunistas y a los hombres de poca fe. Todo eso forma parte del «juego» de la lucha de clases en esta hora decisiva de Chile. Pero ya el General Matthei anuncia la quiebra del régimen, mientras la oposición entera reclama el derrocamiento de Pinochet, la formación de un gobierno provisional y la convocatoria de una Asamblea Constituyente, ¡ojalá soberana. Sin limitarse a determinadas formas de lucha, los trabajadores entrarán por esta ventana para abrir las anchas avenidas del porvenir, tal como dijera Salvador Allende al tiempo de morir, metralleta en mano.

París, octubre de 1984

Un teólogo chileno, residente en España, nos ofrece su interpretación del conflicto que opone, en cierta manera, la idea de liberación de los pueblos al conformismo tradicional de la Iglesia. Su posición coincide con el impulso revolucionario de los pueblos latinoamericanos.

Durante la segunda semana de agosto de este año en que era enjuiciada la teología de la liberación de Leonardo Boff por el Vaticano, haciendo público además la «Sagrada Congregación para la Doctrina de la fe» un documento titulado *Instrucción sobre algunos aspectos de la «teología de la liberación»*, moría en Santiago de Chile el misionero francés André Jarlan a raíz de la represión de las fuerzas de seguridad de la policía chilena. Este acontecimiento de sangre materializado en la sencilla figura de un sacerdote muerto —pero que ya suman decenas en el continente, entre ellos Monseñor Oscar Romero, a raíz del ejercicio político, militar y policíaco de la doctrina de la seguridad nacional en el Cono Sur y Centroamérica— ha sido paradójicamente, en relación con el proceso a Boff, uno de los muchos factores que han determinado las formulaciones teológicas y eclesiales de la teología de la liberación, desprendida de los procesos de cambio social en Latinoamérica, especialmente a partir de la II Conferencia Episcopal realizada en Medellín en 1968. Jon Sobrino, destacado teólogo salvadoreño de origen vasco, considera incluso que gracias a la persecución a la Iglesia y al «martirio» de cristianos en el continente —término debatido en la Conferencia de Puebla (1979)— es posible esbozar hoy las modalidades fundamentales de una «Iglesia de los pobres», formulada de un modo particular en Centroamérica.

En este sentido las críticas establecidas a la ortodoxia de la teología de la liberación con el documento del Vaticano y a Leonardo Boff han permitido una vez más que ella salga del marco pastoral, político y eclesial del Tercer Mundo y de los gabinetes de las facultades de Teología del «centro» para adquirir ciertas resonancia actual en la opinión pública latinoamericana y europea, cosa que queremos hacer notar aquí, quizá de un modo esquemático.

Llama la atención al «profano» en cuestiones teológicas el debate público originado en torno a la teología de la liberación debido al interrogatorio a Boff y al documento vaticano. Aunque frecuentemente el sentido común de este observador laico y agnóstico percibe que este conflicto intraeclesial brota por la pugna y el predominio que va adquiriendo una teología «progresista», propia aparentemente de ambientes comprometidos de A. Latina y Europa, frente a una teología «conservadora», propia quizá de ambientes vaticanos, es necesario hacer notar aquí que en realidad la polémica no descansa hoy en la Iglesia a raíz de este motivo, como ha indicado Hugo Assmann, es decir por un conflicto de intereses ideológicos entre una teología postconciliar reformista versus teología preconciliar tradicionalista sino, en definitiva, entre cristianos postconciliares —identificados incluso en cierta medida con el documento vaticano—, y cristianos revolucionarios —atacados en el mismo documento—. Esta producción teórica («nueva interpretación del cristianismo», le llama Joseph Ratzinger) de este nuevo cuño de cristianos, inspirada en luchas de liberación del Tercer Mundo, ha terminado por despertar plausibilidad teológica en amplios círculos del clero, laicos y movimientos ecuménicos instalados en Europa y comprometidos, por lo menos «de corazón», con las causas de la «periferia», cosa que amenaza la unidad y el verticalismo establecidos por la institución romana de la «metrópoli». Desde este punto de vista puede comprenderse y observarse con cierta transparencia la sanción establecida al franciscano Boff, una de las muchas figuras promotoras de la teología de la liberación conocidas de cerca en el Viejo Mundo, cuyas posturas de avanzada en lo relativo a la base de la Iglesia han repercutido naturalmente en ámbitos vinculados con «la estructura sacramental y jerárquica» de la Iglesia formulando su poder antidemocrático; posturas acogidas a la vez con interés y simpatía por cristianos de vanguardia en Europa. En este sentido también es evidente que el documento *Instrucción sobre algunos aspectos de la «teología de la liberación»* intenta «arreglar las cuen-

tas» con el proceso sandinista de Nicaragua coartando doctrinalmente las iniciativas nuevas, inéditas y esperanzadoras que ofrece la consolidación de una «Iglesia de los pobres» en Centroamérica.

El permanente conflicto entre «unidad» y «pluralismo» a lo largo de la historia de la Iglesia permanece hoy agudizado con el documento del Vaticano y la crítica a Leonardo Boff. La jerarquía apostólica de Roma y ciertos órganos episcopales latinoamericanos del CELAM, impregnados de «tercerismo» postconciliar, contrastan con las aspiraciones populares derivadas de movimientos cristianos comprometidos de América Latina cuya teología intenta sancionarse desde Roma. Ello sin duda contribuye a perfilar el pontificado de Juan Pablo II como un pontificado particularmente «inmovilista» definido hasta ahora, entre otros «detalles», por su condena al teólogo suizo Hans Küng, por los escándalos económicos Marcinkus-IOR, por la concesión de la prelatura personal al Opus Dei, por el conflicto con la Compañía de Jesús a raíz del nombramiento de P. Dezza, y ahora por el enjuiciamiento a «algunas» teologías de la liberación latinoamericanas.

En este sentido la estigmatización hecha a la obra de Boff y la publicación de la *Instrucción* responden a los afanes «restauracionistas» (o «neoconservaduristas») diseñados por la Iglesia católica gracias a las iglesias más ricas de Centroeuroa, postura caracterizada por optar en «cristianizar» la sociedad secularizada de Occidente dejando intacta la función de la Iglesia en lugar de promover el cambio político-popular que ya se perfila fomentado por iglesias jóvenes del Tercer Mundo, cuyos intentos se llevan a cabo durante este papado. Desde esta perspectiva era de esperar un documento como el que ha emanado del Vaticano y una postura como la mantenida respecto a Boff, aunque en realidad no son estos en sí mismos los factores más graves respecto a la teología de la liberación.

Lo delicado y grave que se desprende de Roma con su *Instrucción* parece que es apropiarse, conceptualmente al menos, de «la» teología de la liberación desacreditando aquella teología de la liberación —esa que condujo a Medellín a llevar a la Iglesia institucional a posiciones innovadoras por su fidelidad evangélica con los pobres y con la base, y que hoy revista gran fuerza— tachándola como mero «marxismo y revolución». De aquí el temor de Hugo Assmann, desde hace años ya, de la apropiación del lenguaje relativo a la «liberación», transformado hoy en liberacionista, por parte de sectores oficiales vigilantes de la ortodoxia en la Iglesia, evacuando sus contenidos históricos y transformadores fraguados en una matriz popular muy concreta formulados en el lenguaje de la fe del pueblo comprometido. En este sentido es necesario permanecer muy atento a lo que dirá (y no dirá) un próximo documento relativo al «vasto tema de la libertad cristiana y de la liberación», advertido ya en este texto de *Instrucción* que ha hecho público la Congregación para la Doctrina de la fe.

Esta estrategia discursiva relativa al lenguaje siempre ha tenido suma importancia en el ámbito religioso-eclesial de la sociedad —hay que recordar que al fin y al cabo la polémica cristológica sobre la divinidad del Hijo en el siglo IV se definió por una «i» en el concilio de Nicea: «omoiúsios» en griego es «igual»: «omoiúsios» es «semejante»; dogmáticamente el Hijo es igual al Padre— especialmente cuando terminan por emanar de esa estrategia y de ese lenguaje un conjunto de contenidos «limpios», «neutros» y «asépticos» de todo sentido crítico correlativo con las formulaciones genuinas de la teología de la liberación. Terminan incluso por circular sin inconvenientes en pasillos y gabinetes cardenalicios del *status quo* injusto de América Latina.

Madrid, octubre de 1984

Referencias Bibliográficas

- L. Boff. *Iglesia. Carisma y poder. Ensayo de eclesiología militante*. Santander. 1983.
- Revista *Vida Nueva* (Madrid), n.º 1443, 1984.
- Revista *Vida Nueva* (Madrid), n.º 1444, 1984.
- Revista *Palabra* (Madrid), n.º 227, 1984 (Artículo de J. Ratzinger).
- G. Baget Bozzo. *Juan Pablo II y la «teología de la liberación»*. El País, 13-9-1984. (Madrid).
- Revista *Misión Abierta* (Madrid), n.º 4, 1984.

Ahora es un marxista el que nos muestra su punto de vista sobre la polémica desatada por las opiniones del franciscano Leonardo Boff quien sostiene que la liberación final comienza en esta tierra. Contribuimos, así, al inevitable diálogo entre cristianos y marxistas, que intenta ser «ahogado» por el Papa Wojtyla.

Es el título del libro escrito por el teólogo brasileño, franciscano Leonardo Boff, quien debió concurrir a Roma llamado por la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fé, un importante organismo del Vaticano, una especie de Tribunal de la Inquisición de la era moderna.

La teología de la liberación que es un movimiento teológico y pastoral nacido en América Latina y extendido en muchos países del Tercer Mundo, plantea que no existe liberación cristiana cuando no parte de la liberación de la opresión humana y que la liberación final comienza en esta tierra. En cambio, la teología tradicional ve el concepto de liberación en clave personal y trascendente.

La teología de la liberación parte de la base de una condena a las injusticias sociales que oprimen a los pueblos, doblegados muchos de ellos por sangrientas dictaduras militares, y principal factor de la violencia imperante en América Latina. Asimismo plantea un diálogo entre católicos y marxistas a fin de no separar la doctrina de la práctica en la defensa de los oprimidos, y que la acción de la Iglesia tiene que partir desde los más pobres con una encarnación efectiva y real en las clases desheredadas. Todos los teólogos de la liberación se apoyan en la fidelidad al Evangelio y presentando a Jesús como el máximo exponente de esta teología. En cambio, desde el Vaticano se le condena por usar los instrumentos de análisis marxistas en su elaboración.

El Vaticano al apoyar un documento elaborado por la Sagrada Congregación de la Doctrina de la Fé no hace más que aprobar la actitud de la conservadora jerarquía católica que se cobija en la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM), pese a la oposición de varios cardenales, obispos y sacerdotes progresistas. CELAM como sabemos ha mantenido frente a las dictaduras militares y ante los gobiernos conservadores una conducta conciliadora y a veces comprometida con dichos regímenes, principalmente frente a la violación de los derechos humanos como han sido los casos por ejemplo, en Argentina y en algunos países de la América Central. La pastoral de Medellín ha sido olvidada en esos casos.

Para comprobar la posición conservadora del Vaticano debo señalar que el documento a que me refiero no hace el menor alcance y mucho menos condena la teoría de la Seguridad Nacional que inspira a Estados Unidos, a la derecha y a sus acólitos militares en la represión de sus pueblos. Al contrario, el Vaticano apoya tácitamente a la nueva derecha cristiana norteamericana como son entre otros grupos o sectas, The Religious Roundtable, Christian Voice y The Moral Majority, y que curiosamente son unos de los principales baluartes del presidente Reagan, y que jugarán un importante papel en las próximas elecciones del mes de noviembre. Cabe señalar además que esos grupos religiosos ultra conservadores están cumpliendo en algunos países de América Central una labor de penetración, principalmente en el campesinado analfabeto.

Bajo el fantasma del comunismo, Reagan, desde Washington instruye especialmente a las dictaduras militares acerca del peligro que encierra para la democracia el marxismo. El fenómeno del liderazgo religioso conservador en los Estados Unidos, y en el cual algunas sectas plantean que «ninguna otra nación en la Tierra ha sido bendecida por la omnipotencia de Dios como el pueblo de Estados Unidos de América», indudablemente repercute en el continente latinoamericano. Frente a ello el Vaticano guarda un absoluto silencio.

Como dice un sacerdote español que la Iglesia está donde se encuentren las personas, no donde se levanta un edificio de piedra con campanario, esta nueva Iglesia está buscando una

nueva forma de presentar el Evangelio a las clases oprimidas y a todos los pueblos del Tercer Mundo que combaten contra las injusticias sociales. Esta nueva Iglesia por otra parte, no prefiere dar más crédito a los militares en el poder y extasiarse como la jerarquía católica lo acepta en sus declaraciones cristianas.

Cuanta verdad encierran las palabras pronunciadas por el arzobispo de Santiago de Chile durante la misa de requiem con ocasión del asesinato de un sacerdote francés cuando expresó que «la paz no podrá nunca florecer en un clima de terror, de intimidación y de muerte». Cuanta verdad encierran las palabras pronunciadas por un obispo francés en la misma ceremonia cuando dijo que «es el grito de los pobres, de los que no tienen derecho a trabajar, los que no tienen derecho de vivir en su patria. Es el grito de los que en el fondo no tienen el derecho de mostrar que ellos existen».

La nueva Iglesia católica cree en su fuerza moral y en la presión liberadora de los pobres organizados. Prefiere luchar por la justicia más bien que quedar pasiva frente a la dramática situación que enfrentan los pueblos latinoamericanos. Ha llegado la hora de que la iglesia juegue un papel fundamental en la lucha contra la opresión militar, contra las injusticias sociales. Se hace cada vez más indispensable el diálogo de cristianos y marxistas para hacer frente en conjunto al desafío de la historia moderna.

Genève, 10 de septiembre de 1984



El pueblo llegaba de todos los rincones del país cuando lo convocaba la Unidad Popular.

ANALISIS

BIPOLARIDAD Y GUERRA

Oscar Waiss

Nuestro Director presentó en la Mesa Redonda '84 de Cavtat (Yugoslavia) esta ponencia que rejuvenece antiguos conceptos marxistas y que ha sido recibida con visible interés por numerosos teóricos europeos y del tercer mundo. Sus ideas van más allá de las repeticiones dogmáticas y contribuyen a una clarificación de los objetivos actuales del marxismo.

El concepto de «bipolaridad» que separa a la humanidad en dos sectores —que concentran el poder y la fuerza— cuyo irreconciliable antagonismo puede conducir a la hecatombe colectiva, merece ser analizado por los marxistas contemporáneos con prioridad insoslayable. Más allá de un maniqueísmo unilateral es preciso llegar a la raíz del problema y, para ello, resulta imprescindible considerar al mundo tal cual es y no como debería haber llegado a ser, de acuerdo a las previsiones iniciales de los fundadores del socialismo científico. Por eso debemos partir de una justa apreciación de los cambios esenciales que se han producido en el curso de este siglo derivados, entre otras causas, del crecimiento vertiginoso de la población mundial, de la migración gigantesca hacia los centros urbanos, de la irrupción de los monopolios como un sistema transnacional de poder, del proceso de descolonización a escala universal y de un desarrollo tecnológico que, no sólo acelera la acumulación de capitales sino que, además, modifica cualitativa y cuantitativamente la correlación de los distintos segmentos de la sociedad actual.

Conviene escapar al esquema de que los «cambios» sólo inciden en la evolución de países con determinados sistemas económicos o sociales y comprender que el mundo es uno solo, campo de batalla de formidables conflictos que se relacionan con la producción y distribución de los bienes esenciales y con la participación que en su consumo obtienen los distintos pueblos o las diversas regiones. Y como es un campo de batalla —más o menos aguda según las circunstancias— la tarea de todos los hombres que luchan por el progreso social consiste en escapar de la dicotomía entre buenos y malos, entre ángeles y demonios, a fin de encontrar un camino global que nos conduzca al futuro. No se trata de predicar un cómodo «neutralismo» sino de posibilitar la salvación de la raza humana en su conjunto.

La «bipolaridad» podemos considerarla en tres dimensiones: a) desde el punto de vista de la lucha de clases, como la anunciada división progresiva de la sociedad entre dos clases enemigas e irreconciliables, la burguesía y el proletariado; b) desde el punto de vista político-militar como el enfrentamiento entre dos grandes bloques, la OTAN, punta de lanza del imperialismo más agresivo y el Pacto de Varsovia, campeón de la esfera socialista en el plano mundial; c) desde el punto de vista del desenvolvimiento de la economía mundial como la profundización apresurada del abismo que separa los niveles de vida de quienes viven en países avanzados y de aquellos que vegetan en las regiones subdesarrolladas y miserables.

Muchos marxistas de hoy tienen reticencias para mirar la realidad cara a cara y comparar la sociedad en que hemos llegado a vivir con la descrita, con simplificación excesiva, por los primeros socialistas científicos; esa es la peor manera de proyectar el pensamiento marxista en nuestra época y hacia el mañana, ya que lo esencial en la iniciativa de Marx es la exégesis de la «dinámica» histórica o sea la apreciación del conjunto social en movimiento; nadie se baña dos veces en el mismo río; lo importante no es el detalle de las predicciones, siempre susceptibles de equivocación, sino el sentido general de ellas, sin cuya orientación fundamental estaríamos, todavía, en pañales.

CLASES Y LUCHA DE CLASES

La sentencia de Marx en el Manifiesto afirmando que «la historia de toda sociedad, hasta nuestros días, es la historia de la lucha de clases» sigue siendo profundamente válida. Aunque no puede adjudicarse a Marx —y él mismo lo observó en diversas oportunidades— el «descubrimiento» de la existencia de

clases sociales, si es necesario subrayar que fue él quien las unió a las sucesivas fases del desarrollo de la producción y les dio una perspectiva general que desembocaba en la abolición de ellas dentro del marco de una sociedad igualitaria.

También en el Manifiesto, Marx y Engels diseñaron una perspectiva irreversible: «Pero nuestra época, la época de la burguesía, se distingue de las otras por haber simplificado los antagonismos de clase. La sociedad toda se va escindiendo cada vez más en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases directamente contrapuestas la una a la otra: burguesía y proletariado».

Lenin asumió con rigidez idéntica tesis: «Puede decirse que todo "El Capital" de Marx está consagrado a esclarecer la verdad de que las fuerzas básicas de la sociedad capitalista son y sólo pueden ser la burguesía y el proletariado: la burguesía, como edificadora de la sociedad capitalista, como su dirigente, como su propulsor; el proletariado, como su sepulturero, como la única fuerza capaz de reemplazarla».

(1). Debemos recordar, en todo caso, que los fundadores introdujeron variaciones en esta dualidad aparentemente monolítica; Engels apreció la creciente complejidad de la sociedad de su tiempo al agregar a la clásica división entre ricos y pobres otro estamento: «Además de la burguesía y el proletariado, la gran industria contemporánea produce algo así como una clase intermedia, situada entre las dos primeras: la pequeña burguesía. Esta consta, en parte, de restos de los ciudadanos medievales y, en parte, de obreros que han subido a un nivel superior en algo al general».

Marx mismo, en la parte final de «El Capital», alcanzó a diseñar un esquema ligeramente distinto al dicotómico inicial: «Los propietarios de nada más que su fuerza de trabajo, los propietarios de capital y los propietarios de tierra, cuyas respectivas fuentes de ingresos son el salario, la ganancia y la renta del suelo, es decir, los obreros asalariados, los capitalistas y los terratenientes, forman las tres grandes clases de la sociedad moderna, basada en el modo capitalista de producción».

(3). Pero ¿se parece nuestro mundo de hoy al profetizado categóricamente por los primeros guías? Paul M. Sweezy (4) se formula algunas preguntas, si no inquietantes, por lo menos sugerentes: «Cuando llegamos a la cuestión de cambiar el mundo para mejorarlo, existen muchos puntos conflictivos, entre los cuales se debe asignar prioridad a los siguientes: ¿Qué clase de sociedades están creando en realidad las revoluciones del siglo XX? ¿En qué medida son socialistas de acuerdo al sentido marxista clásico, es decir, sociedades en transición hacia el comunismo (una sociedad sin clases y sin Estado, con otras actitudes hacia el trabajo y la distribución de acuerdo a las necesidades)? ¿En qué medida son nuevas sociedades de clase con características y formas de desarrollo propias? ¿En qué medida son formas nuevas de capitalismo de Estado? Dependiendo de las respuestas a estos interrogantes, los marxistas tendrán puntos de vista diferenciados sobre el rol potencial de estas sociedades postrevolucionarias en las revoluciones que están por venir, y qué clase de lecciones pueden y deben concluirse de su experiencia hasta ahora».

Jacques Attali (5) y enfocando ya más directamente la morfología clasista actual, señala que, «desde hace años, efectivamente aparecen categorías nuevas de asalariados, intermediarias entre el proletariado y el capital, para amortiguar esta lucha: controladores del proceso de trabajo (capataces, pequeños jefes), reproductores de las relaciones sociales capitalistas (enseñantes, trabajadores sociales, abogados, médicos), realizadores del valor (banca, finanzas, contabilidad, seguros) y transformadores de los medios de producción (eruditos, investigadores, ingenieros). No están en situación de producir plusvalía, por tanto, no fácilmente situables en el marco de un enfrentamiento de clase contra clase».

La presencia de estos sectores es decisiva, no sólo en regiones subdesarrolladas, sino que muy especialmente en los países industrializados, y es relevante la descripción hecha por Van Burins sobre Estados Unidos (6): «De un total de 6 % de la población activa en 1900 a 25,4 % en 1978 (los controladores de 1,6 % a 7,9 %, los reproductores de 3,2 % a 9,6 %, los realizadores de 0,9 % a 5,2 % y los transformadores de 0,3 % a 2,6 %)».

Estas variaciones de las sociedades de hoy son inmensamente complejas y no pretendemos agotar el tema ni formular enumeraciones taxativas, limitándonos a plantear el problema central, aún teniendo conciencia de las múltiples contradicciones que afloran ante una tentativa de análisis exhaustivo. En los países atrasados o subdesarrollados, la paralización —o retroceso— de la industria debido a la imposibilidad de competir con el poder de los consorcios monopolísticos-transnacionales y a la aplicación impuesta

desde el exterior de la política de libre comercio (escuela de Chicago o teorías de Milton Friedman) conduce a una disminución cuantitativa de los proletarios que producen mercancías, a una dependencia cada vez mayor de las burguesías nacionales y a una proliferación exagerada de las capas medias. En los países de economía socialista el crecimiento relativamente rápido del proceso productivo y la implantación de una tecnología de punta provoca un incremento inusitado de especialistas graduados y aumenta la demanda de ingenieros mecánicos, de técnicos electricistas, metalúrgicos, ingenieros de minas, químicos, economistas, cibernéticos, genéticos, y toda clase de trabajadores cualificados. Similar dificultad se constata en los países industrialmente avanzados, y ya nos hemos referido al caso bastante típico de Estados Unidos.

La llamada «reconversión industrial» afecta por igual a los países capitalistas como a los países socialistas y entre sus efectos no puede ignorarse la disminución de puestos de trabajo provocada por la mecanización progresiva de los modos de producción que, mientras disminuye, por una parte, el número de obreros en cada industria modernizada, aumenta, por otra, el número (y la influencia) de los especialistas y técnicos.

¿Puede un marxista cerrar los ojos ante esta realidad e ignorarla simplemente para seguir rumiando la vieja fórmula de una acelerada división de la sociedad entre burgueses y proletarios? ¿O debe, por el contrario, interpretar esta faceta nueva de la correlación entre las clases para afrontar con claridad un futuro socialista? Preguntas, posiblemente, que deberíamos agregar a las formuladas por Sweezy y a las cuales nos referimos precedentemente.

INTELECTUALES Y CAPAS MEDIAS

Las reflexiones anteriores nos llevan a la consideración de dos problemas que requieren una definición urgente. Uno es el del papel de los intelectuales de izquierda (inteligentzia) en los cambios revolucionarios y el otro la tipificación de esas capas medias (que Engels denominó no muy satisfactoriamente como pequeño-burguesía) que no son dueñas ni poseen medios de producción y que, de una u otra manera, se ven en la obligación de vender su fuerza de trabajo (generalmente intelectual) en el mercado capitalista o a través de los engranajes industriales de todos los países.

El primer teórico marxista que elevó a un adecuado plano de la preocupación ideológica el tema del rol de los intelectuales en la construcción del socialismo fue Antonio Gramsci, y esa es una de las razones por las que su pensamiento ha ido cobrando progresiva vigencia. El dirigente italiano comprendió que los intelectuales no constituían propiamente una «clase» social, sino que constituían grupos ligados a las diferentes clases. «Cada grupo social, al nacer en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea conjunta y orgánicamente uno o más rangos de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de la propia función, no sólo en el campo económico sino también en el social y en el político».

(6). Pero Gramsci no enfoca a los intelectuales como elementos aislados de la sociedad que adquieren «veleidades» emotivas en su comportamiento social sino como instrumentos históricos insertados en un «bloque» social constituido en torno a la necesidad de introducir «cambios» estructurales en la sociedad capitalista. Los intelectuales, dice «son en general especializaciones de aspectos parciales de la actividad primitiva del tipo social nuevo que la nueva clase ha dado a luz» (7). Y agrega que es «así como el dirigente de empresa debe tener ciertas capacidades intelectuales: conocimiento técnico, organización, etc. Con el desarrollo de la burguesía, estas diversas actividades se especializan y son confiadas a diferentes capas de intelectuales: técnicos, economistas, etc.» (8).

Los intelectuales no quedan, sin embargo, reducidos a ese nivel y pasan a ser, según Gramsci, «funcionarios de las superestructuras» y se convierten en «células vivas de la sociedad civil y de la sociedad política, que elaboran la ideología de la clase dominante (el proletariado) dándole así conciencia de su rol y transformándola en una concepción del mundo que impregna todo el cuerpo social» (9). La organicidad de la relación entre los intelectuales y la clase que éstos representan no es mecánica: el intelectual goza de una relativa autonomía respecto de la estructura socioeconómica, y no es su reflejo pasivo.

Recordemos que en los tiempos de Gramsci no se había llegado a los actuales niveles de avance tecnológico y que el proceso productivo se mantenía en los marcos de un desenvolvimiento normal. De ahí que ahora resulte preciso profundizar más en el examen de las clases sociales, tal como ellas existen.

(1) V. I. Lenin. VIII Congreso del Partido Comunista (b) de la URSS.

(2) Federico Engels. «El problema militar en Prusia y el Partido Obrero Alemán».

(3) Carlos Marx. «El Capital». T. III; sección 7.ª, Capítulo LII.

(4) Paul M. Sweezy. «El marxismo y la revolución 100 años después de Marx». Recopilado por la Editorial Revolución. Madrid, 1983.

(5) Jacques Attali. «Los tres mundos». Ed. Cátedra. Madrid, 1982.

(6) Van Burins. «Capital Accumulation and the Rise of the Middle Class». U.R.P.E., 12, n.º 1, 1980. (Citado por Jacques Attali).

(7) A. Gramsci. «Los intelectuales y la organización de la cultura». Ed. Nueva Visión. Buenos Aires, 1972.

(8) (7) y (9) Ibid.

y no tal como ellas debieron desarrollarse. Y ello nos impone el deber de tipificar a esas capas medias —entre ellas los sectores intelectuales— en función del concepto clásico que las relaciona con el lugar que ocupan en un sistema de producción históricamente determinado, las relaciones en que se encuentran frente a los medios de producción, el papel que desempeñan en la organización social del trabajo y, por consiguiente, del modo y proporción en que perciben la parte de la riqueza social de que disponen.

La casi totalidad de las «capas medias», tanto en las zonas industrializadas del planeta como en las regiones subdesarrolladas y pobres, no son dueñas ni poseen medios de producción, venden su fuerza de trabajo por una remuneración o salario y, por supuesto, no están en condiciones de sobrevivir independientemente. Aplicando la definición de Lenin y Plejanov expuesta el año 1903 en el congreso del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, forman parte de la «clase obrera», lo que no significa ignorar los diversos niveles de ingreso y las diferencias del medio familiar y de los grados educacionales. Considerando el acelerado crecimiento porcentual de estas capas medias en la sociedad contemporánea hemos hablado en otras oportunidades de lo que podría llamarse una «nueva clase obrera» (10) en el seno de la cual —y plenamente integrada a ella— incluiríamos al «proletariado industrial y minero» como el segmento más dinámico y consciente de la clase en su conjunto.

La mayor decisión del proletariado deriva del hecho de que está reunido en unidades de producción muy amplias y en que la plusvalía le es arrebatada en forma más directa, lo que vigoriza su conciencia de clase. Sin embargo, los progresos tecnológicos merman cuantitativamente su influencia y entregan a los especialistas un poder del que hasta hace pocos años no disponían.

No podemos, obviamente, agotar las posibilidades de la reflexión dialéctica en un trabajo de extensión reducida, pero no quisiéramos terminar esta parte de la exposición sin señalar que este enfoque de las capas medias reduce la importancia de la teoría sobre los «pactos» y las «alianzas», ya que si la «nueva clase obrera» constituye la inmensa mayoría de la nación, lo natural es integrarla en un «bloque» social con una plataforma económica y política común. Los frentes políticos policlasistas ceden el paso, paulatinamente, a las movilizaciones de masas que se elevan hacia una hegemonía obrera, sostenida también por los intelectuales de izquierda, con la consiguiente renovación de valores y con una clara orientación hacia los «cambios» estructurales. Si bien es cierto que las capas medias, por su heterogeneidad y su relativa vinculación con sistemas e ideologías reaccionarias, fluctúan inicialmente entre la «conservación» y el «cambio», también lo es que por sus intereses esenciales frente a los medios de producción terminan y, inclinándose por un programa de reformas profundas. La tarea de los proletarios, propiamente tales, y de los intelectuales que construyen la armazón ideológica (hegemonía) es atraer y unificar a las capas de las vacilaciones de esta moderna clase obrera, elevar a técnicos, profesionales, economistas, educadores y otras gamas de este cuerpo social a una integración real en el «bloque» mayoritario y abrir, así, el camino hacia la transición socialista.

LOS POLOS MILITARES

Resulta bastante claro que el peligro más inmediato para la paz mundial se origina en la tendencia a constituir dos grandes bloques político-militares encabezados por las dos superpotencias y cuyo objetivo, expreso o tácito, se centra en el dominio del mundo. Esto es tanto más grave cuanto que un representante tan significativo del bloque imperialista como Henry Kissinger se ha encargado de recordarnos que «a lo largo de la historia, el poder militar fue considerado el recurso final» (11). Y refiriéndose a nuestro tiempo nuclear ha observado que «ningún previsible nivel de fuerzas —ni siquiera unas perfectas defensas balísticas con cohetes— puede impedir que la magnitud de la destrucción eclipse a la de las dos guerras mundiales» (12).

Estas reflexiones, que se van generalizando progresivamente, no obstan a que la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) como el Pacto de Varsovia incrementen sus gastos en armamentos convencionales, nucleares y químicos hasta límites extremos. Y estas apreciaciones suelen ser equívocas ya que en los presupuestos nacionales se excluyen categorías importantes de los gastos militares y es difícil encontrar tasas de intercambio apropiadas para convertirlos a una moneda común. Estados Unidos y la URSS gastan anualmente (calculado en tasas de cambio constante de 1979) más de ciento cincuenta mil millones de dólares cada país. Ronald Reagan obtuvo del Congreso norteamericano, en julio de 1983, los primeros fondos para un nuevo programa —4.000 millones de dólares en total como mínimo— para

producir a partir de 1985 cargas binarias químicas destinadas a la artillería de 155 milímetros. La URSS estaría capacitada para mantener treinta días de guerra química en un frente de 500 kilómetros de profundidad según los expertos de la OTAN (13). Debe tenerse presente que las armas químicas son menos detectables, más económicas y mucho más mortíferas que las bombas atómicas.

Estados Unidos desencadena desahesivamente la carrera armamentista tratando de mantener así su preeminencia económica. Dicen justamente Morris H. Morley y James Petras (14), que «hasta donde el esfuerzo propagandístico de Estados Unidos logre imponer su definición militar bi-polar de la realidad mundial al resto de Occidente, espera amarrar o subordinar a ese mismo Occidente a su dirección económica». De ahí que no resulte sorprendente que la superpotencia imperialista movilice sus fuerzas militares hacia posiciones operativas en todo el mundo, desde el Caribe hasta el golfo Pérsico, desde el Mediterráneo hasta el Pacífico, incluyendo la presencia de efectivos en Nicaragua, Líbano, República Federal Alemana, bases europeas, africanas y asiáticas y, en general, sobre la superficie del planeta. La bipolaridad es el objetivo de Estados Unidos que procura así recuperar espacio económico aunque sea al precio de un desmoronamiento que desestabiliza vigorosamente su equilibrio presupuestario.

La bipolaridad perseguida por el imperialismo y sustentada sobre el poderío económico del sistema transnacional de poder no ha logrado, sin embargo, asentarse plenamente, con todos los riesgos que ello involucraría para la paz del mundo. Ello obedece a diversas causas, que trataremos de reseñar someramente.

En primer lugar, los dos bloques sustanciales no han conseguido aglutinar a sus sectores afines en el marco de sus acuerdos oficiales. En la OTAN se incluyen países como Grecia, España y Portugal cuya solidaridad plena no es convincente; Francia se ha marginado del aparato militar; algunos países nórdicos resisten la instalación de los misiles Cruise y Pershing II; en la República Federal Alemana la resistencia de la población crece de día en día. Los lazos con países ultrarreactionarios como Sudáfrica e Israel minan la credibilidad de las campañas propagandísticas sobre la defensa del «mundo libre».

En el Pacto de Varsovia sólo se incluyen una parte de los países socialistas; es notoria la ausencia de China y faltan también Vietnam, Corea, naciones africanas de régimen nominalmente socialista y aún Cuba se mantiene en un relativo distanciamiento. Es conocida la actitud yugoslava, país pionero del no-alineamiento y portavoz de la coexistencia pacífica activa. Últimamente Rumanía y la República Democrática Alemana han mostrado señales de disconformidad o descontento. Albania se retiró formalmente.

Existen en el frente capitalista dificultades emanadas de diferencias económicas y de estrategias militares que se relacionan con la seguridad nacional plena de cada país. Dice André Gunder Frank (15) en un breve libro reciente: «por otra parte, los conflictos políticos y económicos en torno a cuestiones estratégicas en las relaciones Este-Oeste están debilitando la propia alianza de la OTAN a medida que los desacuerdos políticos entre los aliados europeos norteamericanos y dentro de la propia Europa Occidental y de los propios Estados Unidos se hacen más amplios y más profundos. Los debates en torno a la carga de los crecientes gastos militares y su distribución, la cuestión afín del costoso estacionamiento de tropas norteamericanas en territorio europeo, la propuesta norteamericana de incrementar el recurso de la OTAN a las armas convencionales en Europa y, por supuesto, el despliegue de nuevas generaciones de misiles MX en Estados Unidos y misiles Cruise y Pershing II en Europa, así como las correspondientes negociaciones entre soviéticos y norteamericanos sobre control de armamentos, se están haciendo cada vez más desabridos».

Como contrapartida a los desajustes del bloque imperialista en el campo de los países socialistas destaca la actitud desconcertante de China, que ha prestado apoyo moral y material a ciertos regímenes del Tercer Mundo, como el de Pinochet, en Chile, el del ex-Sha de Irán, Savimbi en Angola, Zia, en Pakistán o Marcos, en Filipinas. Al mismo tiempo los dirigentes chinos han establecido relaciones fraternas con elementos tan reaccionarios como Franz Joseph Strauss, de la República Federal Alemana, Richard Nixon y Ronald Reagan, de Estados Unidos, o Margaret Thatcher, de Inglaterra. No se puede atribuir esta conducta al temor de un enfrentamiento con la URSS —o por lo menos sólo a ese temor— ya que esta política ha sido impuesta por presiones de clase internas y por las limitaciones del mercado capitalista mundial.

La bipolaridad militar no ha logrado «cuajar», pues, en el ámbito del mundo, pero las tensiones de la «guerra fría» y la orientación de la política norteamericana pueden conducir a una concentración cada vez mayor. No conviene considerar como una simple broma la macabra y soez expresión de Reagan cuando, al probar el sistema de transmisión de uno de sus discursos dijo que en cinco minutos sus aviones

(10) Puede consultarse mi libro «El cambio en España y en América Latina». Cap. III. Ed. Cultura Hispánica. Madrid, 1984.

(11) y (12) Henry Kissinger. «Los límites de la bipolaridad: naturaleza del poder en el mundo moderno». Selección de Ed. Plaza y Janés. Barcelona, 1969.

(13) Informe de Andrés Ortega. Diario «El País», Madrid, 19 de agosto de 1984.

(14) Morris H. Morley y James Petras. «Capitalismo, socialismo y crisis mundial». Ed. Revolución. Madrid, 1984.

(15) André Gunder Frank. «El desafío europeo». Ed. Pablo Iglesias. Madrid, diciembre de 1983.

estarian lanzando artefactos atómicos sobre el territorio de la Unión Soviética. Tales expresiones reflejan, con inusitada brutalidad, los verdaderos sentimientos del gobernante.

Pero la bipolaridad debe ser eliminada no sólo por «combustión espontánea», o sea por el efecto disociador interno, sino que por la acción consciente y coordinada de los pueblos partidarios de la paz, es decir, de una coexistencia pacífica. Esa es la tarea que se ha propuesto el Movimiento de los No-alineados.

NO-ALINEACION CONTRA BIPOLARIDAD

Ha dicho muy bellamente Jacques Attali (16) que «el futuro no duda entre el plan y el mercado, ni entre la propiedad privada y la propiedad del Estado, sino entre la violencia y la no-violencia, es decir, entre el crimen y la palabra como formas de conjuración del miedo de los otros».

Dejando las metáforas, podemos comprender que la no-alineación pretende conjurar «el miedo de los otros» uniendo los esfuerzos de todos los pueblos y rechazando, por consiguiente, la división bloquista. Hablando ante las Naciones Unidas, el Mariscal Tito (17) dijo «que el destino de la humanidad no pueden decidir unos cuantos Estados por muy grandes que fuesen; dado que se trata de los problemas que interesan a todos, de ello deben decidir conjuntamente todos los países, grandes y pequeños, ante todo a través de las Naciones Unidas y bajo sus auspicios, ya que esta organización internacional ha sido creada precisamente con ese objeto».

Subrayando la orientación inicial del movimiento de los no-alineados y coincidiendo con el espíritu de la exposición que formulamos, el gran teórico yugoslavo Lazar Mojsov (18) ha dicho: «... desde el comienzo mismo, Josip Broz Tito rechazó la bipolaridad de las grandes potencias que éstas venían imponiendo como base del nuevo sistema internacional y que fue el comienzo de la realización del concepto que imponían, acerca de la división bloquista del mundo. Se esperaba sólo un primer motivo —los hubo en cantidades debido a las contradicciones entre las grandes potencias y a la existencia de una larga serie de contradicciones objetivas en el mundo que se levantaba sobre los escombros de la mayor conflagración registrada en la historia, que hacían su aparición aún antes de que concluyera la contienda— para proceder a formar los bloques político-militares e ideológicos, y a practicar las múltiples rivalidades entre los mismos en beneficio de la defensa y la ampliación de las posiciones conquistadas y por la influencia en el mundo».

Afortunadamente, la no-alineación, según precisa definición de Miloš Minić, «ha devenido política mundial», ya que por lo menos hace posible la presencia, en el escenario mundial, de múltiples naciones que, por una razón u otra, pretenden escapar a la fatalidad del enfrentamiento. Y ello a pesar de que no hay, en absoluto, homogeneidad entre los participantes, que van desde los claramente pro-socialistas hasta los indiscutiblemente reaccionarios; buen ejemplo, o mejor dicho, mal ejemplo, nos dan Irán e Irak, que pese a militar ambos en la no-alineación, protagonizan una guerra tanto más absurda cuanto más perjudicial resulta para ambos países. En todo caso resulta interesante reseñar que los países no-alineados constituyen actualmente mayoría en la Organización de las Naciones Unidas.

Ya en la Sexta Conferencia de los Jefes de Estado o de Gobierno de los países no-alineados que tuvo lugar en La Habana entre los días 3 y 9 de septiembre de 1979 se estableció que «para un número cada vez mayor de países, la difusión de la no-alineación constituye una alternativa indispensable a la política de división total del mundo en bloques». Esta no-alineación se expresa, históricamente, cada vez más como una opción revolucionaria y socialista en la medida misma que frena los ímpetus intervencionistas de las superpotencias, y así ha ocurrido concretamente en Asia y en América Latina. En África Austral fue esta presión la que logró solucionar el problema de Zimbabwe y en la crisis de Oriente Próximo ha limitado los propósitos expansionistas de Israel; sólo en la guerra de las Malvinas, tal vez porque la iniciativa partió de Argentina, la acción de los no-alineados resultó improductiva.

El hecho de que la no-alineación se exprese históricamente como una opción revolucionaria y socialista no significa que el movimiento se incline, considerándolo como un aliado «natural», ante la política de uno de los bloques militares, ya que ello implicaría una negación de su propia naturaleza. Tampoco nos podemos llevar por la idea o el sentimiento de que estamos ante un tercer bloque o una tercera fuerza, porque ello multiplicaría el peligro, en vez de atenuarlo o suprimirlo. Si la estimamos como un acuerdo de los pueblos más o menos débiles para permitirles, a cada uno, conjuntamente o por separado, tomar la conducción de sus asuntos y de su destino al margen de las presiones y de los intereses de las grandes

potencias, podemos entender que la oposición a la bipolaridad se convierte en un elemento positivo y progresista.

Se trata de un nuevo concepto de las relaciones internacionales que ha logrado modificar profundamente no sólo la correlación de fuerzas en el plano mundial, sino que los métodos de la intervención imperialista, como se ha demostrado en el caso de Centroamérica donde el imperialismo ha encontrado obstáculos muy serios para una intromisión más descarada. Edvard Kardelj (19) comprendió perfectamente esta relación entre no-alineamiento y cambio social, expresando: «Por esto hecho la revolución anti-imperialista mundial de los pueblos sigue siendo no solamente un apoyo firme del movimiento de no-alineación sino, también, su contenido socio-histórico básico. Es más, si tenemos en cuenta todos esos procesos, podemos afirmar con razón que el movimiento de no-alineación nació como la expresión, el resultado y la continuación de la revolución antiimperialista mundial de los pueblos.»

Puede parecer paradójico que la no-alineación, en cuyo seno militan países de regímenes políticos o con sistemas económicos conservadores, represente la continuidad de la revolución antiimperialista, pero ello resulta indiscutible si consideramos que por encima de las declamaciones y los consignismos, la bipolaridad conduce irremediablemente a un callejón sin salida, en que la humanidad se ve agobiada por los ingentes gastos militares de hoy y la inminencia de un conflicto nuclear mañana. No es posible, como ha dicho Lazar Mojsov (20) que «la aplicación esquemática de los conceptos de otros tiempos a la estructura social de las relaciones internacionales» nos conduzca a una subordinación de la política de los países atrasados o menos desarrollados al interés de uno de los bloques político-militares o trate de convertirlos en una «reserva» pasiva de lo que se suele llamar el «campo socialista» ya que la finalidad última de la lucha de los pueblos es la «revolución», entendida como «cambio estructural» y no la guerra con su secuela de horror y de sangre.

La concepción del movimiento de los no-alineados como factor determinante o desencadenante de un proceso de cambios a escala mundial está ligado al análisis correcto de la composición de clases en la sociedad contemporánea, materia que tocamos en la primera parte de este trabajo. Precisamente por no delimitarse una bipolaridad social puede alejarse el peligro de una bipolaridad militar. Los marxistas no deben operar con abstracciones sino con realidades. La no-alineación es un fenómeno moderno, surgido de las condiciones actuales, que no son las imperantes en los tiempos de la Revolución de Octubre y que no pudo ser interpretado o calificado por Marx, Engels, Lenin y otros teóricos de épocas pasadas. El peor de todos los errores para un marxista contemporáneo es someterse al «innovilismo» ideológico que es «la enfermedad senil» del comunismo.

El mismo Mojsov ha dicho: «Para los dogmáticos del *enfoque de clase* las actuales relaciones en el mundo han sido y siguen siendo el producto de la acción de fuerzas del llamado *socialismo real*» (21). Todos los demás procesos, desde la emancipación de los pueblos del colonialismo hasta las modificaciones profundas de la composición de clases, son presentadas como el efecto mecánico de la existencia de la Unión Soviética cuyo poderío real determina el curso de los acontecimientos en el mundo. Los esquemas sirven para la propaganda, pero nada más que para la propaganda. La vida discurre por otros senderos. Y de ahí que sea preciso insistir y profundizar en las búsquedas de nuevas formas de lucha social —nacionales e internacionales— y sólo esta predisposición es la característica de los marxistas consecuentes.

LOS DOS GRANDES POLOS: MISERIA Y RIQUEZA

La tercera dimensión de la bipolaridad es el foso creciente que separa a los ricos de los pobres y cuyo enfoque puede hacerse tanto en el plano interno de los países como en la confrontación externa que surge de la actual división internacional del trabajo. Desde el punto de vista del objetivo de este discurso adquiere mayor relevancia el distanciamiento progresivo de los niveles de vida entre los países avanzados y las regiones subdesarrolladas del planeta.

El factor determinante de la aceleración de este alejamiento lo encontramos en la llamada «explosión demográfica» cuya significación no podemos ignorar, en cuanto representa uno de los «cambios» esenciales que se han producido en el curso de este siglo.

Técnicos de las Naciones Unidas calculan que la población mundial llegará en el año 2000 a los 6.095 millones de personas. La proyección de estos datos hacia el año 2050 a 2075 nos conducen a una cifra de 9.832 millones, de los cuales, 8.460 (86 %) se aglomerarían en los actuales países subdesarrollados y 1.372 millones (14 %) en los industrializados (22).

(16) Ob. citada.

(17) Josip Broz Tito. «Yugoslavia en la lucha por la independencia y la no-alineación». Belgrado, 1977.

(18) Lazar Mojsov. «Dimensiones de la no-alineación». Ed. Medjunarodna Politika. Belgrado, 1981.

(19) Edvard Kardelj. «Relaciones internacionales y la no-alineación». Ed. CAS. Belgrado.

(20) y (21) Ob. citada.

(22) Datos tomados de «Población y espacio», de Rafael Puyol. Ed. Cincel. Madrid, 1982.

Muy similar es la conclusión a que llegaron los investigadores del Consejo sobre Calidad Ambiental (23) y del Departamento de Estado de los Estados Unidos, por disposición del entonces presidente Carter, que en informe emitido el 23 de mayo de 1977, calcularon la población mundial para el año 2000 en la suma de 6.351 millones de habitantes, de los cuales, 5.028 millones vivirán en las zonas subdesarrolladas y 1.323 millones en las regiones desarrolladas.

Entre el año 1975 y el año 2000 la población mundial aumentará en un 55 % pese a que la tasa de crecimiento disminuirá ligeramente y la mayor parte del aumento demográfico tendrá lugar en los países atrasados, lo que será del orden del 92 % manteniéndose en muchos de ellos una tasa superior al 3 %. El Producto Nacional Bruto no compensará el crecimiento de la población y ello agravará el desnivel económico.

En el informe elaborado a petición del presidente Carter se expresa textualmente: «Las actuales disparidades de ingresos entre las naciones más ricas y las más pobres aumentarán según las previsiones. Suponiendo que las tendencias actuales prosigan, el grupo de países industrializados tendrá un PNB per cápita cercano a los 8.500 dólares (de 1975) en el año 2000 y Norteamérica, Europa Occidental, Australia, Nueva Zelanda y Japón promediarán más de 11.000 dólares. En contraste, el PNB per cápita de los países menos desarrollados promediará menos de 600 dólares. Por cada dólar de incremento per cápita en los países menos desarrollados, se prevé un aumento de 20 dólares para los países industrializados» (24).

También se considera probable que para el año 2000 se producirá un descenso catastrófico en la alimentación per cápita en el sur, este y sureste de Asia, las regiones pobres del norte de África y del Medio Oriente y, en especial, el centro de África, zonas en que los alimentos destinados a los sectores pobres de la población «serán insuficientes para que los niños lleguen a alcanzar el peso y la inteligencia normales y para que los adultos puedan llevar una vida normal y gocen de buena salud» (25). Según los cálculos del Banco Mundial, el número de personas desnutridas podría pasar de entre 400 y 600 millones a mediados de los años 70 a 1.300 millones en el año 2000.

La investigadora española Carmen González Muñoz (26) afirma que caminamos hacia un «mundo de ciudades», lo que comprende, aunque con diverso ritmo, a todas las regiones del planeta. En 1980 la tasa de población urbana mundial era del 39 % pero en esta media se inserta un 69 % que corresponde a las zonas desarrolladas. Las diferencias pormenorizadas son muy grandes, siendo África y Asia los continentes con más fuerte porcentaje rural. En esos continentes la urbanización no supera el 30 %, mientras que ambas Américas y Europa superan fácilmente el 60 %. La población urbana, que significaba sólo el 3 % a comienzos del siglo XIX, se dobló en 1850 y alcanzó el 13,6 % al iniciarse el siglo XX. En 1950 era ya del 28,2 % y de 1960 a 1970 el ritmo ha progresado en un 3,5 % anual, aunque desde entonces haya sido sólo del 3,3 %.

La misma investigadora española observa que en 1800 había cuarenta y cinco ciudades de 100.000 habitantes y sólo siete de 500.000, que eran Londres, París, Estambul, Pekín, Tokyo, Cantón y Madrás, mientras que en 1975 había doscientas ciudades con medio millón. A comienzos del siglo XIX sólo Pekín y Tokyo tenían más de un millón de habitantes mientras que en 1975 existían cien, y diez pasaban de los ocho millones, mientras que dos superaban los quince.

Según los informes redactados por técnicos de las Naciones Unidas, de aquí al año 2000 la población urbana de los países menos desarrollados aumentará en 1.200 millones de habitantes. Algunas ciudades de estos países alcanzarán un gigantismo poblacional fabuloso: Ciudad de México llegaría a los 32 millones de personas, Calcuta a 20 millones, Bombay a 19, Seoul a más de 18 y Karachi a 16. Más de 400 ciudades sobrepasarán la marca del millón. Un científico contemporáneo no puede ignorar ni subestimar la magnitud de estos guarismos. La reciente conferencia sobre la población mundial que se efectuó en México es una prueba de la preocupación general por este problema.

No existe, sin embargo, ni mucho menos, identidad de criterios para enfrentarse a los dos fenómenos conexos de la explosión demográfica y de los cambios en la relación campo-ciudad, tan esencial para una justa apreciación de la dinámica social. Algunos estudiosos y sociólogos creen que el control de la natalidad está planeado por el imperialismo para atenuar el impacto de las reclamaciones populares en las regiones atrasadas; según el economista colombiano José Consuegra, la explosión demográfica es un «sofisma de distracción» que está «encaminado a desvirtuar la labor de los que se empeñan en denunciar

las implicaciones del sistema y las características estructurales propias de nuestras economías subdesarrolladas, como únicas fuentes de la miseria, de la explotación y de la dependencia de sus pueblos» (27).

Esta tesis encuentra fundamento en la actitud imperialista que, mientras favorece el control de la natalidad en los países subdesarrollados, combate su práctica en su propio suelo; uno de los puntos fundamentales de la plataforma electoral ultrarreaccionaria del candidato republicano a la presidencia de los Estados Unidos, Ronald Reagan, es la penalización del aborto. Países de enorme población, como China, predicen y practican una política demográfica muy estricta. El Papa Wojtyła, de orientación ostensiblemente conservadora, condena con energía todos los métodos de control de la natalidad. Pese a ello, en países tan católicos como España e Italia, se ha conseguido aprobar una legislación que permite el aborto, señal inequívoca de que resulta difícil para los gobernantes de hoy marginarse de presiones sociales profundas.

Lo que deseamos subrayar es que una cosa es precisar las profundas alteraciones en la estructura social derivadas de un crecimiento demográfico inusitado y otra muy diferente reconocer que ese aumento poblacional es el único causante de la miseria y el hambre que afectan a las dos terceras partes de la humanidad. No ver los hechos constituiría una grave equivocación, pero someterse a interpretaciones unilaterales también podría transformarse en un boomerang social.

EL HAMBRE Y LA GUERRA

Ha dicho Josué de Castro (28), uno de los más notables expertos en alimentación y que fuera presidente de la FAO: «La guerra y el hambre constituyen en la hora actual las dos mayores amenazas que pesan sobre nuestro mundo. Si la amenaza de guerra es, en apariencia, más grave porque puede conducir al exterminio total de la especie humana, es por ahora una amenaza potencial que puede ser evitada. En tanto que el hambre no es solamente una amenaza potencial; es una calamidad ya actuante, un flagelo que va destruyendo y degradando el potencial humano representado por dos tercios de la humanidad.»

Con gran sagacidad, el insigne sociólogo brasileño, observa (29) que «a pesar de la constatación que penetra por los ojos, de que el mundo sufre una verdadera metamorfosis cambiando de piel y de expresión en esta segunda mitad del siglo XX, hay aún mucha gente que sigue pensando, hoy, como pensaba antes de la explosión revolucionaria que la tecnología provocó en el mundo a partir de la última guerra mundial».

Nunca nos cansaremos de insistir en que un marxista moderno no puede adoptar una conducta rutinaria frente a los «cambios» de la sociedad en que vive ya que ello implica asumir un razonamiento conservador o reaccionario antagónico con la naturaleza del ocurrir dialéctico. Con el pretexto de mantener la vigencia de las fórmulas sagradas se abandona la naturaleza esencial del pensamiento revolucionario.

La tesis de Josué de Castro, contraria a las concepciones malthusianas, es que la explosión demográfica, al retardar la elevación de los niveles de vida de ciertos grupos, puede agravar, sin duda, su situación de hambre, pero nunca determinar este estado de cosas. «El hambre es (30), por regla general, el producto de las estructuras económicas defectuosas y no de condiciones naturales insuperables». La solución, está, pues, no en disminuir drásticamente los efectivos humanos de nuestro planeta como prescriben los neomalthusianos, sino en capacitar estos efectivos para que utilicen racionalmente los recursos potenciales que la naturaleza pone a su disposición y que el conocimiento científico permite aprovechar en escala infinitamente más alta que la alcanzada hasta nuestros días.

Quienes asumen este punto de vista niegan que la explosión demográfica sea el resultado fatal de las leyes de crecimiento enunciadas por Malthus en 1798 y atribuyen, más simplemente, el hecho a la baja acelerada de los coeficientes de mortalidad, especialmente infantil, debido al uso generalizado de los antibióticos y los insecticidas. Y, al mismo tiempo, rechazan los dictámenes que ofrecen una perspectiva pesimista sobre las posibilidades de mejorar los niveles de alimentación en el mundo —singularmente las regiones menos desarrolladas— afirmando que existen, en la actualidad, técnicas capaces de aumentar en forma espectacular la producción agrícola y ganadera.

Podrían abrirse al cultivo (31) cerca de mil millones de acres de tierra en las regiones tropicales y cerca de 300 millones de acres fuera de los trópicos. En sólo Pakistán, según la FAO, la habilitación del

(27) José Consuegra Higgins. «El control de la natalidad como arma del imperialismo». Ed. Manantial. Bogotá. Varias ediciones, siendo la primera de 1969.

(28) y (29) Josué de Castro. «Mensajes». Ed. Plaza y Janés. Bogotá. 3.ª edición, 1983.

(30) Ibid.

(31) Datos obtenidos en la obra citada de José Consuegra H.

(23) «El mundo en el año 2000». Estudio dirigido por Gerald O. Barney. Ed. Tecnos, 1982.

(24) Ibid.

(25) Oscar Waiss. «El cambio en España y en América Latina». Ed. Cultura Hispánica. Madrid, 1984.

(26) Carmen González Muñoz. «Composición de la Población Mundial». Ed. Cincel. Madrid, 1982.

valle del Indo adiccionaría ocho millones de hectáreas a las tierras labrantías. Puedo señalar, por mi parte, que en la antigua provincia de Aysen, en Chile, podría criarse ganado vacuno suficiente para alimentar una población de cincuenta millones de personas, en circunstancias de que en el país entero la población se empina apenas a los once millones de habitantes.

No es mi propósito agotar en esta ponencia el examen de las posibilidades de ampliar la infraestructura agro-pecuaria que son, prácticamente interminables, sino de señalar que si bien la explosión demográfica agudiza en muchas regiones la disparidad y la injusticia sociales no es posible adscribirse irreflexiblemente a las tesis sobre control de la natalidad sin perder de vista las tendencias generales de la evolución histórica. Como ha observado el venezolano Domingo F. Maza Zavala (32) «la tendencia histórica de la distribución del ingreso en el sistema capitalista se caracteriza por la ampliación continua de la brecha entre los rangos de ingreso real de los países industrializados y los de los países especializados en la exportación de productos primarios».

Lo que nos interesa destacar es que la lucha por suprimir la injusticia distributiva, tanto en el interior de los países como en el contexto global, erradicando la extrema pobreza y disminuyendo las distancias entre seres humanos que viven en la abundancia y otros que vegetan en el hambre y la miseria, es una de las condiciones necesarias para conquistar la seguridad y la paz. La bipolaridad, considerada en esta dimensión, se convierte en la mayor carga explosiva que amenaza a la humanidad. Los actuales ritmos de crecimiento poblacional y de alejamiento entre los niveles de vida de unos y de otros conducen directamente a un callejón sin salida.

Hemos tratado de enfocar la bipolaridad con un rigor mayor que el de limitarla al enfrentamiento entre las superpotencias o a un simple antagonismo de carácter político y militar, para considerarla, también, desde el punto de vista de las modificaciones que nuestro tiempo nos muestra en el plano de la morfología social, es decir, de la lucha de clases, y en el de la separación cada vez mayor de los niveles de vida en las zonas subdesarrolladas y en las regiones de gran progreso industrial.

Así como el planeta tiene dos polos, tan alejados el uno del otro como la extensión misma de la tierra, la humanidad está aprisionada entre dos polos cuya separación pone en peligro la existencia humana misma. Y así como la distancia entre los polos geográficos está siendo borrada por los progresos científicos y tecnológicos modernos —que deben eludir todavía el peligro nuclear— las diferencias entre el hambre y la abundancia, entre unos regímenes y los otros, entre unos bloques de países y los demás, deben saldarse en aras de una nueva organización económica y social para el futuro.

Madrid, 30 de agosto de 1984.

Romeu



Diario «El País», de Madrid, 20 de noviembre de 1984.

(32) D. F. Maza Zavala. «Ensayos sobre la dominación y la desigualdad». Ed. Colibrí. Bogotá, 1981.

REFLEXIONES SOBRE LA NO VIOLENCIA

Fernando Mires

Desde su exilio en la República Federal Alemana, el profesor Mires nos remite este trabajo que publicamos en el contexto «pluralista» de nuestra publicación. Sus posiciones serán motivo de controversia pero corresponden a una madura reflexión y contienen ideas dignas de analizar y confrontarse.

Un día fue la población polaca la que bajo el signo obrero de «Solidaridad» exigía su autonomía nacional. Otro día fueron las poblaciones de los países europeos occidentales las que se agolparon multitudinariamente en las calles, amenazadas por el peligro nuclear. Otro día fueron las protestas públicas en países sudamericanos exigiendo el regreso a la democracia, iniciadas por «las madres» como en Argentina y en Chile más prosaicamente, por los carcerolazos. Movimientos sociales de diferentes características, contenidos y objetivos y, sin embargo, teniendo todos un rasgo que cada vez es más común: la apelación a la no-violencia.

Para quienes durante los años sesenta leíamos ávidamente al Che, a Mao, e incluso a Clausewitz, y hoy comenzamos a interesarnos por Martin Luther King o Gandhi, o a participar en demostraciones pacíficas rodeadas de cuerpos policiales armados, resulta evidente que «algo» ha cambiado en nuestro modo de entender y de vivir la política.

Una de las causas de ese cambio, y la más general, parece encontrarse en los desafíos actuales que plantean las mutaciones económicas y técnicas en los países del centro industrial. Allí, movimientos como el ecologista y el pacifista, son formas de resistencia en defensa de los derechos más elementales, entre ellos, el derecho a vivir, frente a superpotencias poseídas por la lógica del exterminio. El tipo de convocatoria que interpela a las personas que participan en tales protestas cubre un gran espacio social y cultural. A diferencia de los movimientos sociales del pasado, conducidos por «hombres fuertes» atrincherados en sus respectivos partidos, los actuales convocan, además, a mujeres, ancianos e incluso a niños, es decir, a sectores que no se sienten motivados por recurrir a la violencia en tanto principal medio de acción.

Pero, ¿y en los países del Tercer Mundo en que imperan dictaduras militares? Allí los motivos son sólo en apariencia muy diferentes. Porque tales dictaduras militares no son un «caso aparte» del proceso de militarización de la economía mundial y no es un misterio que una de las funciones principales que asumen es la de «contener» la resistencia de aquellas sociedades más afectadas por las mutaciones experimentadas en el orden económico internacional. De tal manera, resulta casi lógico que entre las poblaciones amenazadas por el peligro de guerra y las que ya viven bajo «estado de guerra» haya una suerte de transmisión cultural invisible que se traduce a veces en el empleo de formas similares de resistencia social.

Una segunda razón explicativa reside en el propio tipo de respuesta que ha surgido frente a adversarios cuya lógica es esencialmente violentista. Un movimiento pacifista europeo por ejemplo, violaría su propio discurso si es que apelare a la violencia como principal medio de lucha. De igual manera, enfrentar a una dictadura presupone también revertir la lógica a la que ella adscribe. Así, en países como Chile, un fino instinto político popular ha descubierto que frente a la demarcatoria militar que ha pretendido imponer el régimen, hay que oponer una demarcatoria política e incluso cultural.

Lo dicho no nos debe, sin embargo y en ningún caso, llevar a degradar el principio de la no-violencia al nivel de una estrategia o de una táctica (1) (ambos términos por lo demás son militares). La no-violencia es, en primera línea, el modo natural de actuar de los grandes movimientos sociales cuando ellos están convencidos de que sus objetivos son tan verdaderos y legítimos y, además, tan necesarios y posibles, que para imponerlos la violencia se convierte en algo superfluo.

Hay, pues, una estrecha relación entre la existencia de movimientos sociales amplios y el recurso de la no-violencia. A la inversa, cuando determinados fines, por más legítimos que

sean, no han llegado a vincularse con las más profundas raíces populares, tienden a proliferar las acciones violentas llevadas a cabo por minorías que actúan, o creen actuar, en nombre del pueblo. Sectores que durante la década de los sesenta se adhirieron a la «violencia revolucionaria» fueron motivados por principios que siguen teniendo bastante validez pero, en la forma en que ellos fueron formulados, no lograron interpelar a la mayoría de la población de los distintos países.

Otra realidad

La recurrencia —a veces sólo verbal— a la violencia, fue por lo general concebida como un medio de «crear conciencia» acerca de situaciones que no eran inmediatamente visibles para todo el mundo. En cambio, el peligro de guerra nuclear en Europa, o una dictadura militar latinoamericana son hechos demasiado reales para que por simple presencia no logren concitar movilizaciones en su contra. De este modo, cuando en diversos países, muchos sectores que ayer adhirió al principio de la «violencia revolucionaria» y hoy adscriben a principios de no-violencia, en parte es debido a un proceso de reflexión crítica, pero, sobre todo, es porque la realidad misma ha cambiado. La violencia corresponde fundamentalmente hoy día a la lógica de aquellos que desde los Estados la imponen hasta querer convertirla en forma preferente de gobierno. Por eso es que hemos afirmado que la no-violencia no puede ser ni una estrategia ni una táctica. Es, en cambio, la expresión misma de la existencia de movimientos sociales, democráticos y populares.

Hoy parece estar claro que el adscribirse a «la violencia revolucionaria» no implicaba siquiera cuestionar los fundamentos reales del sistema de dominación que se quería «combatir». Todo lo contrario: ya no es un misterio que muchas organizaciones políticas (y no sólo las de la «lucha armada») han introducido en su interior las mismas normas de funcionamiento que rigen en la fábrica capitalista y en el cuartel militar (2). Las reglas de la compartimentación, de no deliberación, de verticalidad en los mandos, de división del trabajo entre los que piensan y los que actúan, están presentes en muchas organizaciones políticas y ellas establecen desde un comienzo una contradicción insalvable entre los medios y los fines que dicen perseguir.

En cambio, los movimientos sociales contemporáneos, mientras más «de abajo» provienen, más cuestionan la lógica de funcionamiento del sistema, ya sea la que rige en la fábrica, en los cuarteles, en la familia patriarcal y aún en el propio individuo. Es por esas razones que no resulta procedente separar el principio de la no-violencia del movimiento social en que se inserta pues así pasaría sólo a ser una «forma de lucha» entre muchas a elegir, incluyendo la «vía armada». Si se tiene en cuenta en cambio que no-violencia y movimiento social son, en muchos países, consustanciales, la no-violencia será tanto más efectiva en tanto más auténtico sea el movimiento social de donde dimana y eso, a su vez, depende de la profundidad con que éste cuestiona al sistema de dominación. Por ejemplo: si el cuestionamiento a una dictadura militar está dirigido sólo a sus formas de funcionamiento, sin mencionarse las bases materiales en que ella se sustenta, lo más probable es que un verdadero movimiento social no surja nunca. En cambio, si la lucha por la democratización se combina con las necesidades reales de la mayoría de la población, la existencia de un movimiento social será una posibilidad. Esto nos lleva a afirmar que el principio de la no-violencia es algo que no tiene nada que ver con la pasividad (3). Más todavía: afirmamos que el principio de la no-violencia presupone un radicalismo social mucho más profundo que el de la «violencia revolucionaria» en tanto no parte de una premisa ideológica o «científica» sino que de la aplicación cotidiana de las propuestas que emergen de los sectores más desamparados de la sociedad. En consecuencia, si hay una relación inseparable entre movimiento social y no violencia (4) queda descartada la prioridad absoluta del principio de delegación por sobre el de la autorrepresentación política. Es imposible conciliar la idea de un movimiento social con su papel de retaguardia de alguna vanguardia, o como simple «masa» en disposición. Por ejemplo: que siga el proceso de movilización social iniciado en Chile en mayo de 1983, podrá advertir que en las últimas «protestas» se ha ido imponiendo el principio de la delega-

ción política, con lo que siendo el potencial democrático todavía muy grande, ha perdido parte de su vitalidad (5).

Es quizá necesario aclarar: autorrepresentación política no significa en modo alguno negar cualquier forma de organización. Por el contrario, la aplicación consecuente del principio de la no-violencia presupone un alto grado de organización y de coordinación entre los distintos sectores que lo practican e incluso ciertas formas de centralización en organizaciones provisorias como «comités», «comandos», etc.

Dos fases

Del mismo modo, si hemos destacado con alguna fuerza que el principio de la no-violencia no es en sí una estrategia o una táctica, también debe ser dicho que su aplicación requiere de concepciones estratégicas y tácticas. Teóricos contemporáneos de la no-violencia como Theodor Ebert, por ejemplo, distinguen dos fases en el desarrollo de una insurrección no violenta: una inicial que denomina «protesta popular» y una final que caracteriza con el término «desobediencia civil» (6). Transformar la protesta popular en un estado generalizado de desobediencia civil sería la estrategia. «Cómo» hacerlo, sería la táctica.

La «desobediencia civil» constituye en efecto la forma más alta de la insurrección no violenta. Ella surge cuando las protestas populares, orientadas al comienzo en diferentes direcciones, han confluído cuestionando al mismo sistema de dominación. Tal situación sólo es posible cuando previamente ha tenido lugar una suerte de acumulación de poder desde «abajo» hacia «arriba» hasta llegar al punto en que el «poder central» ya no puede articularse más con el resto de la sociedad y es literalmente «desobedecido» hasta por sus ex-partidarios.

Alcanzada la fase de la «desobediencia civil» el «poder central», sobre todo si se trata de una dictadura, utilizará dos mecanismos de respuesta:

1.— Dividir políticamente al movimiento social. Ello sólo es posible cuando en el movimiento, el principio de delegación es más fuerte que el de la autorrepresentación política.

2.— Represión aguda, como intento postrero por reimponer una línea de demarcatoria militar presionando a partes del movimiento insurgente para que responda con violencia a la violencia. Este es el momento más delicado en el desarrollo del movimiento social por cuanto ahí ha de probar su cohesión y disciplina interna para hacer prevalecer el principio de la no-violencia, aún incluso a las organizaciones más proclives a ejercerla. Si esta prueba no es pasada exitosamente, lo más probable es que el «poder central» logre desarticular el movimiento.

Es preciso agregar que estos mecanismos pueden ser consecutivos, pero también simultáneos.

Sin embargo, para alcanzar la fase de la «desobediencia civil» el movimiento debe ir desarrollándose como tal en la medida en que va creando sus propios espacios y relaciones de poder. Ello se hace sobre todo a partir de las llamadas *iniciativas civiles*, algunas destinadas directamente a cuestionar la legitimidad del «poder central» (denuncias a las violaciones a los derechos humanos, por ejemplo) pero otras son simplemente tareas destinadas a resolver problemas inmediatos de la población (comedores populares, juntas de vecinos, centros de madres, jardines infantiles, sindicatos, bolsas de trabajo, etc.). A diferencia de las iniciativas de las organizaciones que adscriben a la «lucha armada», las de la no-violencia tienen un sentido predominantemente constructivo y no apuntan a la supresión del adversario sino que —y en un sentido no sólo religioso— a su *redención* y, en el peor de los casos, a su neutralización.

Momento importante en la unsurgencia no violenta es lo que Evers ha llamado «usurpación de poderes» (7) y ésta llega cuando es el movimiento mismo el que comienza a asumir funciones que antes estaban reservadas a la autoridad central (como vigilancia de calles, barrios y lugares de trabajo, solución a problemas sanitarios, de construcción, policlínicos populares, etc.). La clásica «toma» de terrenos es una típica forma de usurpación de poder, muy riesgosa por cierto pero, en países como Chile, inevitable (8).

De igual manera, así como no están descartadas las estrategias y las tácticas, la no-violencia también reconoce la aplicación de diversas técnicas de «lucha». Porque no se trata simplemente de sentarse en las calles a esperar que la policía intervenga. Por momentos, incluso, es necesaria también la acción de minorías decididas para que inciten al resto de la población a asumir tareas colectivas (bloques de calles, paros de fábricas, minutos de silencio, boicot a determinados productos, etc.). Ni siquiera pueden descartarse iniciativas individuales como, por ejemplo, las huelgas de hambre de personajes públicos y con reconocimiento internacional, las que en determinados períodos pueden jugar un papel muy decisivo.

En fin, la práctica de la no-violencia es sutil y compleja y cada instante debe ser correctamente evaluado de acuerdo a las posibilidades de éxito y riesgo. Pues, muchos son los factores que en cada acción entran en juego y, una acción que un día pudo ser exitosa, puede que al día siguiente ya no lo sea. Cabe agregar —siguiendo a Gandhi— que no existe ni puede existir un proceso de no-violencia químicamente puro (9). La no-violencia puede ser, sí, la idea central que lleve a un movimiento social a cumplir su objetivo final.

Y para terminar, una observación: El «modelo» europeo de movimiento de no-violencia (especialmente el pacifista) tiene como objetivo *convencer* a los gobernantes de las verdades que proclama. En cambio, en países del Tercer Mundo donde hay dictaduras militares que por naturaleza son *inconvenientes*, el objetivo ha de ser aislar al gobernante de toda forma posible de legitimación que no sea sólo aquella que le confiere la fuerza y esto, hasta el punto en que se encuentre incapacitado para usarla porque, entre otras cosas, muchos de los que deben ejercerla se encuentran también «infectados» con las concepciones y símbolos que provienen «de abajo».

Oldenburg, octubre de 1984.

- (1) Sobre el tema ver Otto Boye, Bosco Parra y Jaime Castillo V. «El dilema de la oposición: violencia o no-violencia» en Chile. América 78-79, abril, mayo, junio. Roma, 1982.
- (2) Autores como Otto Ulrich han remarcado las relaciones entre industria y ejército. (Otto Ulrich, «Weltniveau», Berlín Occidental, 1979, pág. 40). Las mismas relaciones podrían hacerse extensivas, sin muchas dificultades, a las instituciones políticas.
- (3) Decía Martin Luther King: «Para la auténtica paz no sólo es necesario que no haya tensiones. Debe dominar la justicia.» (M. Luther King: «Stride Toward Freedom». The Montgomery Story, Londres, 1959, págs. 37-38).
- (4) No se afirma aquí que todos los movimientos sociales son no violentos. Los ha habido incluso muy violentos. Se afirma, sí, que la no-violencia no puede prescindir de la existencia de los movimientos sociales.
- (5) Razón de más para que los partidos democráticos comprendan que su propia supervivencia depende de la autonomía del movimiento popular. Es pertinente en tal sentido citar a Touraine: «Los movimientos sociales son la trama de la vida social y asociados a las orientaciones de la historicidad producen las prácticas sociales a través de las instituciones y de las organizaciones sociales y culturales.» (Alain Touraine, «La Voix et le Regard», París, 1978, pág. 125).
- (6) Theodor Ebert: «Gewaltfreier Aufstand», Frankfurt, 1980, pág. 40.
- (7) Theodor Ebert, op. cit., pág. 42.
- (8) Un Editorial de Mensaje lleva el título «...A tomarse el país» (Mensaje, núm. 324, noviembre 1983, pág. 621) expresando la relación entre las «tomas» de terrenos y la necesidad de democratizar al «poder central». En realidad de eso se trata.
- (9) Theodor Ebert, op. cit., pág. 82.

DOCUMENTOS

Publicamos en esta edición el comunicado público emitido por el Colegio de Periodistas de Chile con motivo de los atropellos a la libertad de prensa consumados por la dictadura militar.

DECLARACION PUBLICA

El Colegio de Periodistas de Chile denuncia ante la opinión pública nacional e internacional el gravísimo atropello a la libertad de expresión y de prensa materializado por el gobierno a través de la clausura indefinida de revistas «Análisis», «Apsi», «La Bicicleta», «Cauce», «Pluma y Pincel» y «Fortín Mapocho», la censura previa a revista «Hoy» y la restricción a todos los demás medios informativos.

Estas disposiciones que la autoridad adoptó mediante el decreto 1.217 atropellan completamente las mínimas normas democráticas, desechan el valor del diálogo y del entendimiento y representan la aplicación de una política de guerra en el campo de la expresión.

El gobierno ha aplastado el derecho de la ciudadanía a una información pluralista y veraz, con lo cual vulnera los derechos humanos consignados en la Carta de la ONU. Además, las clausuras que dispuso revelan su propósito de eliminar definitivamente a determinados medios que han sufrido su constante persecución y que en este momento se ven impedidos de hacer frente a sus mínimos gastos por la imposibilidad de circular y de generar ingresos. La medida arroja a medio centenar de periodistas a la cesantía.

La situación que vive la comunicación social en Chile es la más grave desde 1973. El rigor y la arbitrariedad a que da lugar el Estado de Sitio afecta particularmente a la prensa. Periodistas fueron encañonados, detenidos e insultados por un grupo de civiles durante el allanamiento del sábado último al campamento Raúl Silva Henríquez.

La comunidad ha sido deliberadamente marginada del conocimiento real de los hechos que se producen en los más importantes aspectos de la vida nacional. La pretensión del gobierno es que sólo se conozcan sus propias versiones de los acontecimientos.

La actitud recién adoptada representa la culminación de un permanente afán de mantener a los medios de comunicación bajo control. Este propósito se había intensificado desde comienzos del presente año con diversas medidas en perjuicio de la prensa y de los periodistas. Tal cual lo ha señalado en forma reiterada el Colegio, en Chile no ha existido bajo el actual régimen, y menos todavía ahora, libertad de expresión.

Frente al decreto 1.217 que sólo tiene la justificación y el respaldo de la fuerza y por las consideraciones más arriba señaladas, el Colegio de Periodistas de Chile, declara:

- 1.—Su más absoluta condena al intento del gobierno de negar y prohibir el cabal conocimiento de los hechos que ocurren en el país.
- 2.—Su decisión de comprometer al Colegio en iniciativas que permitan la supervivencia económica de los medios clausurados, para lo cual la institución trabajará estrechamente unida con los directivos y periodistas de esas publicaciones.
- 3.—Su completo respaldo legal a los periodistas y trabajadores de los medios de comunicación afectados por las medidas discrecionales del gobierno.
- 4.—Su petición a todas las organizaciones internacionales y países y en especial a los periodistas del mundo, para que expresen su repudio a las medidas coercitivas mencionadas y exijan del gobierno chileno su más pronta derogación.
- 5.—Su resolución de aumentar el grado de movilización del periodismo chileno para realizar todas las acciones conducentes a restablecer el respeto del gobierno al derecho del pueblo a estar bien informado, así como a propiciar aquellas iniciativas que acerquen el retorno a la democracia.

Santiago, noviembre, 12, de 1984.

LA LUCHA CONTINUA

Durante estos largos 11 años que el pueblo chileno soporta el régimen dictatorial, cada día algo nos llega de Chile. La mayor parte de las veces, tenemos malas noticias. Tristes o condenables informaciones que nos dicen de la brutalidad y arbitrariedades del régimen. Pero la lucha continúa y constatamos que nuestro pueblo no descansa y, por diversos caminos, dentro y fuera del país, busca acosar a la dictadura. Tal ha sido una forma más de lucha, la emprendida por los seis compañeros exiliados, por el retorno, reivindicando el Derecho Universal a vivir en la patria, cuyo relato y declaraciones insertamos en estas páginas.

DECLARACION PUBLICA

La siguiente declaración ha sido emitida por los seis exiliados chilenos que la suscriben y constituye un resumen de los hechos ocurridos los días 1 y 2 de septiembre, con motivo de su decisión de regresar a Chile sin previa autorización del gobierno:

El 1.º de septiembre pasado iniciamos nuestro regreso a Chile, desde Buenos Aires, en un avión de la Compañía Air France, vuelo 097. En la declaración que entregamos a la prensa argentina al momento de partir señalamos nuestra intención irrevocable de reivindicar así el inalienable derecho a vivir en nuestra patria.

La nave aterrizó aproximadamente a las 13 horas en suelo chileno. Personal de la policía chilena se constituyó en una de las puertas de la aeronave para examinar allí los documentos de viaje. Nos aproximamos en grupo y uno de nosotros procedió a entregar al funcionario correspondiente los seis pasaportes chilenos señalándole de inmediato que se trataba de un conjunto de ciudadanos que, encontrándose impedidos por disposición gubernamental para volver al país, habían resuelto presentarse en persona para hacer valer su derecho. El funcionario revisó la documentación y procedió a informar que no podíamos bajar del avión. Señalamos que ello constituía una arbitrariedad y procedimos a avanzar en dirección a la escalera correspondiente.

A una voz de mando del jefe mencionado, un grupo de policías subió apresuradamente la escalera procediendo a cerrarnos el paso y a hacernos retroceder. Con el objeto de evitar inconvenientes a los pasajeros que aún permanecían a bordo, así como a la compañía transportadora, nos retiramos de la puerta para permitir la continuidad del desembarco.

Permanecieron temporalmente en la nave el diputado argentino Augusto Conte y el Secretario Ejecutivo de la Asociación Latinoamericana de Derechos Humanos, doctor Octavio Carsens. Cuando, más tarde, pidieron ser desembarcados la policía chilena les negó la autorización. Permanecieron, en consecuencia, en el interior del avión y son dos de los varios testigos de los hechos que aquí relatamos. Otros son los miembros de la tripulación de Air France.

Después del desembarco de los demás pasajeros se iniciaron por parte del personal del avión y de personal de tierra las tareas de limpieza y preparación de la nave para su partida. En las dos puertas abiertas, una para la circulación del personal y la otra para carga y descarga, se situaron unas veinte personas que dijeron ser funcionarios de la policía internacional chilena, y que a poco andar ocuparon diversos lugares al interior de la aeronave.

Solicitamos, entonces, conversar con el Capitán del avión. Se inició en ese momento, la que sería una larga serie de diálogos, intercambios de opinión y discusiones con el Capitán y el Gerente y el Jefe de Escala de Air France en Santiago. Estos dos funcionarios, especialmente el último, mostraron una muy limitada voluntad de comprender nuestros argumentos. El Capitán de la nave terminó cediendo a las presiones crecientes de la dictadura chilena.

Durante las horas en Pudahuel se registraron diversos incidentes al interior del avión. Aparte del ya relatado, se produjo uno serio cuando, sin haber accedido a nuestro desembarco, se intentó ingresar al avión a los pasajeros. En ese momento tratamos nuevamente de salir por la puerta abierta siendo rechazados en forma violenta por el grupo de policías. Los pasajeros fueron remitidos al terminal aéreo. Resueltos a resistir sin hacer uso de violencia nos ubicamos frente a la puerta ya cerrada y manifestamos que de allí no nos moveríamos mientras no se nos bajara del avión. Los funcionarios policiales procedieron por la fuerza a arrastrarnos a la parte posterior, provocando un hematoma en el ojo derecho a un miembro del grupo y debiendo otro permanecer dos horas en reposo y ser examinado por el médico del aeropuerto.

La parte posterior del Jumbo de Air France se convirtió en lugar de detención de la policía chilena. Estrechamente vigilados por un número que estimamos en aproximadamente veinte personas, supuestamente todos de policía internacional, recibimos una atención amable y humanamente comprensiva del personal de atención de pasajeros de Air France que, sin sacrificar su profesionalismo, expresaban así su rechazo al acto injusto que se cometía en nuestra contra.

Es difícil reconstruir cada uno de los diversos intercambios que tuvimos con el Capitán de la nave. Sistemáticamente le planteamos, en forma reiterativa, la serie siguiente de argumentos que resumimos a continuación:

1) Nuestra acción era una acción de resistencia no violenta encaminada a obtener el reconocimiento del derecho a vivir en nuestro país, que se nos negaba sin causa justificada.

2) Nuestra acción no tenía por objeto perturbar el normal funcionamiento de la compañía Air France, a sus pasajeros o a su tripulación. Lamentábamos toda molestia de este tipo que no era de nuestra responsabilidad, sino del gobierno chileno.

3) Solicitábamos que Air France se negara a transportarnos de regreso y exigiera el desembarco completo de la nave. De no producirse este desembarco el avión se constituía de hecho en un lugar de detención del gobierno chileno.

4) No aceptaríamos ser transportados contra nuestra voluntad y resistiríamos de manera no violenta un intento de hacerlo, negándonos a sentarnos en esas butacas y a abrocharnos los cinturones de seguridad en el momento de despegue. La violencia, que colocaba en riesgo el material y la integridad de las personas, era ejercida por la policía chilena.

En algunos momentos el Capitán mostró una disposición a cooperar con nuestra aspiración, entre otros cuando a un grupo de nosotros nos propuso abrir una de las puertas del avión en la pista poco antes de despegar, a fin de permitirnos bajar desde la altura. Entendemos que intentaba, seguramente, calibrar nuestras intenciones con más precisión. Nuestra respuesta negativa lo debe haber tranquilizado.

Los argumentos de la compañía aérea fueron rebatidos reiterando los ya mencionados y enfatizando ciertos puntos que ella se negó sistemáticamente a comprender, entre los cuales:

1) Air France tenía también una obligación contractual con nosotros y ésa era transportarnos desde Buenos Aires a Santiago. Al transportarnos en contra de nuestra voluntad de regreso a Buenos Aires o a otro punto, tampoco la cumplía.

2) Nosotros no planteábamos a Air France resolver nuestro problema de ingreso al país. Precisamente nuestra voluntad de bajar de la aeronave revelaba que no pretendíamos obligar a esa empresa a inmiscuirse inútilmente. Sólo rechazábamos la utilización de un avión francés como lugar de prisión temporal del gobierno chileno y nuestro transporte involuntario a otro punto que no fuera Santiago de Chile.

3) La exigencia de Air France de desembarcar totalmente la nave no significaba en modo alguno limitar las posibilidades de acción del gobierno chileno. Una vez fuera del avión, el gobierno chileno mantenía un completo conjunto de opciones a su disposición, tales como permitirnos el ingreso al país en libertad, permitirnos el ingreso limitando nuestra libertad, permitirnos el ingreso formulando cargos formales ante las autoridades judiciales, someternos a castigos arbitrarios psicológicos, morales o físicos, o reexpulsarnos del país en cualquier otra de las muchas líneas aéreas que viajan a Santiago. Para el caso que la totalidad de ellas se negaran a transportarnos el gobierno chileno disponía en último término de los aviones de LAN Chil, línea aérea estatal chilena y, por lo tanto, bajo tuición gubernativa o de LADECO, línea chilena privada, seguramente más fácilmente influenciable que la compañía Air France.

Aproximadamente unas tres horas antes del despegue recibimos la visita del Embajador de Francia en el compartimento en que se nos tenía detenidos. Mantuvo con nosotros una cordial conversación y manifestó, entre otras cosas, comprender y respetar la actitud de resistirnos pacíficamente a ser transportados contra nuestra voluntad.

Air France cedió en definitiva a las presiones del gobierno chileno. Reiteramos al Capitán que resistiríamos negándonos a sentarnos y a abrocharnos los cinturones para el despegue. Con la anuencia del Capitán y del jefe de escala de Air France se montó, entonces, una operación vergonzosa. Una fuerza policial, constituida por lo menos de dos decenas de funcionarios, procedieron ahora a reducirnos por la fuerza, sentarnos, abrocharnos el cinturón y esposarnos. Observaron esta operación las dos personalidades argentinas ya mencionadas y parte del personal de la compañía. Cuando, ya sobrevolando territorio argentino, se intentó quitarnos las esposas opusimos resistencia como un gesto moral destinado a protestar ante la tentativa hipócrita de borrar la infamia cometida. La tentativa resultó infructuosa como ha quedado testimoniado en el certificado médico extendido hoy en Bogotá, donde queda constancia de las huellas de la violencia ejercida en nuestra contra. Aterrizamos y desembarcamos en Buenos Aires junto a un destacamento de la policía chilena. El resto de los pasajeros, de número reducido, habían sido ubicados en la parte anterior de la nave y aislados absolutamente.

Permanecemos por algunas horas en tránsito en Argentina a cuyo territorio solicitamos no ingresar, permaneciendo en el recinto del aeropuerto. A la mañana siguiente regresamos a Santiago en un avión AVIANCA de itinerario. Al aterrizar éste y antes que desembarcaran los pasajeros, la policía chilena procedió a cercarnos en el interior del avión para evitar toda posibilidad de movilidad. Entregamos nuestra garantía a la empresa de nuestra actitud responsable y nuestro respeto por los pasajeros que nos ofrecieron, además, emotivas muestras de solidaridad.

Indicamos a AVIANCA que viajábamos contra nuestra voluntad y que la única destinación que aceptábamos y que correspondía a nuestro contrato de transporte era Santiago. La policía abandonó la nave cuando todos los pasajeros estaban ya en sus puestos. AVIANCA nos transportó hasta Bogotá, donde hemos ingresado sólo en tránsito.

Entendemos que las dos empresas que nos han transportado contra nuestra voluntad fuera de Chile, nuestra patria, se han sometido a la humillación de que sus naves sean convertidas, durante su escala en Santiago, en lugares de detención de Pinochet y han cedido, a nuestro juicio sin base moral ni jurídica, a la innoble presión de la dictadura chilena.

No guardamos rencor ni odiosidad, ni siquiera contra aquellos auténticos policías profesionales que obedecieron órdenes injustas y moralmente reprobables. En algunos de ellos creemos haber adivinado, detrás de su dureza profesional, rasgos de repudio a la acción que se les imponía. Conservamos, en cambio, recuerdos emotivos que nos ayudan a continuar en nuestro empeño.

La compañía fraternal de Augusto Conte y Octavio Carsens en el primer viaje y la casual pero igualmente fraternal compañía del diputado social democrata alemán, Hans Mathoffer en el segundo, constituye un apoyo moral invaluable. La solidaridad de los pasajeros de distintas nacionalidades, la hospitalidad de las autoridades policiales de Argentina y de Colombia, la cordialidad de la tripulación de AVIANCA, constituyen positivas contribuciones a la reafirmación del sentido de justicia de la lucha que libramos los chilenos. Aquellas azafatas y sobrecargos de Air France que sufrieron la vergüenza de ver los actos relatados en un avión de una compañía que lleva el nombre de su país y que nos la expresaron con emoción, representaron esa noche con su rechazo moral las nobles tradiciones libertarias, democráticas y humanitarias de su gran nación.

Bogotá, Colombia, 3 de septiembre de 1984.

JAIME GAZMURI, Ingeniero Agrónomo. Secretario General del Partido Mapu O. C. y dirigente del Bloque Socialista.
JORGE ARRATE, Economista. Ex presidente de CODELCO, dirigente del Partido Socialista y del Bloque Socialista.
LUIS GUASTAVINO, Profesor de Literatura y Gramática Española. Ex diputado y miembro del Comité Central del P. C., integrante del Movimiento Democrático Popular.

EDUARDO CONDEZA, Médico. Profesor Universitario. Dirigente del Partido Socialista.

EDUARDO ROJAS, Vice-presidente de la Central Única de Trabajadores.

JOSE VARGAS, Dirigente del Partido Mapu O. C. y del Bloque Socialista.

ARTE

TIERRA MIA

Del libro «Los guerreros de la América Latina», de Luis Troncoso. (Publicado en Rouen, 1984).

Desde el fondo
de mis penas
yo te clamo
tierra mía...
Con todos
mis amores
mis nostalgias...

Desde el fondo
de mi alma
te clamo
tierra mía
lejana estrella
que llora
en mí...

Desde el fondo
de mis bosques
y mis valles
yo te clamo
amor
con todo
el dolor
de mi país...

Mostrándote
mi pecho
continente
herido...

Desde el fondo
de mis penas
yo te clamo
tierra mía...
que perdí...

VAGANDO ENTRE SI MISMO Y EL VIENTO

Del breve volumen con el mismo título publicado recientemente en París por Lautaro Quintanilla.

Si yo pudiera despertar gritaría:
el cielo está en peligro y la tierra
es la sombra del sol entre las nubes,
porque en el interior, detrás de todo,
lo que es, hay apenas
un agujero oscuro como el fuego,
nada más que la nada.

Pero en el sueño el grito no es sonido
sino imagen que, apenas
asoma a la vigilia, allí se borra.

He despertado, como siempre, mudo.

Como no se de dónde
vengo con esta caja vacía
a la espalda, arrastrándome en pos de
[todo y la nada]
ni cuando ni por qué se hizo la vida
en torno a mi esqueleto,
hoy como ayer vacilo entre una calle y otra,
hago y deshago este objeto inservible,
pregunto en todas partes por un muerto.

¡ALEMANIA, ADIOS!

Ignacio Burgos

Nuestro compañero Burgos, residente en la República Federal de Alemania, nos hace llegar este llamado emotivo que nos complacemos en ofrecerles:

Un día cualquiera de estos últimos tiempos amaneció tu nombre en mis labios para decirte adiós, Alemania.

Sucede que oscuros rumores y gritos evidentes que llegan con el viento o la lluvia o que aparecen de pronto en la oscuridad de la noche o en mis pensamientos, me anuncian el retorno que viene a buscarme.

Es cierto que no es cosa de horas ni de días; que pueden ser meses numerosos y largos... o aun más... Pero también es cierto que de pronto se habrá de desatar el torbellino que palpita cada vez con más fuerza en la entraña de mi tierra lejana.

El torbellino... y con él la imposibilidad de detenerse a pensar, a decir tantas cosas condenadas a perderse entre formularios, pasaportes, aeropuertos y estaciones, cuando no sabremos qué decir ni los demás qué decirnos.

Pero hay algunas cosas que quiero decirte hoy, con tiempo, cosas que es imposible decirte mientras dure la calma, la tensa calma de todos los que esperan.

Quisiera decirte que estoy lleno de preguntas que se atropellan, a pesar de todo, unas a otras; lo mismo que lleno de recuerdos de estos años veloces.

Quisiera preguntarte, por ejemplo, ¿cómo podré olvidar los angustiosos primeros años con su dramática carga emocional y las grandezas y miserias de quienes entonces creímos nuestros pares?

O preguntarnos si podremos olvidar algún día las inteligencias fugaces de algunos administradores de nuestro drama, tan ocupados siempre, tan apurados siempre.

O cómo poder borrar de la memoria al trasplantado de oscuro destino, oscilando siempre entre el saltimbanqui y el suicida, dedicado a cultivar ambiciones insaciables y con apreciaciones sobre la vieja Europa y la cultura que constituían verdaderas obscenidades intelectuales.

¿Cómo no recordar al compañero venido al exilio de la fábrica, pasando casi siempre de manera ejemplar la tortura y el odio, testimonio vital de un compromiso de clase, lo mismo que su digno respeto, desde su identidad nacional, hacia la Europa culta!

Cómo borrar de la memoria al alma generosa que no vino a dictarnos ninguna lección sobre nosotros mismos sino que supo acoger nuestro mensaje y vino a nosotros a aprender y a enseñar lo que teníamos mutuamente que entregarnos.

Pero no están sólo estos recuerdos, que constituyen la geografía personal de nuestro exilio...

Cada día que pasa sobre tu dolorida superficie, Alemania, algo ha quedado prendido a nosotros; desde la imagen zonga de las chicas lindas en tus tiendas de lujo, pasando por los rostros sombríos de tus viejos en el Metro o en los buses, o la imagen dolorosa de tus vagabundos en las estaciones y suburbios.

Está también el rostro de tus trabajadores extranjeros: solemne y duro en los hombres, doliente en las mujeres, inequívocamente dulce en sus niños, gentes todas que buscan en la Europa opulenta el pan que no logran ganar en su tierra, pagando por ello el precio del odio, la discriminación y la humillación.

Tampoco olvidaremos tus restaurantes griegos, turcos e italianos, donde junto con aquellos de tus hijos que llegaron a ser nuestros amigos, nos acercábamos al sur inolvidable, huyendo del consumismo y la inhumanidad.

Algún día volverá a caer en nuestras manos el diario de todos los días que sustituyó al mercurial forajido de cada mañana en nuestra tierra, y su tipografía volverá a llenarnos de recuerdos, trayéndonos tal vez, incluso, alguna imagen, algún anuncio, que nos lleve al tenaz mundo del arte insumiso, al que seguimos en estos años por extraños suburbios y pequeños locales para ver, oír y admirar su testimonio profético.

Tu hija que vio a través de nosotros con sentido de culpa, a pesar de nuestros esfuerzos por disuadirla de ello, el reflejo de tus días más oscuros, que reaprendió en parte a amarte como a desmixtificar nuestro suelo y su leyenda mirando a través de nuestros ojos críticos, recordará con nostalgia algún día sin duda estos años que se van.

Algún día habremos de recordar también con infinita tristeza al niño que había dentro de nosotros, que sobrevivió la tortura y el desierto minado y que vino a morir a Europa, aunque intente resucitar de tarde en tarde reclamando el espacio de emoción a que teníamos derecho y que debimos negarnos!

¡Alemania, Alemania! ¿Cómo olvidarte en todas y cada una de estas cosas! ¿Cómo olvidar tu orgullo ofendiéndonos o tu amor tratando de curar nuestras heridas que no quieren ni pueden cerrar!

Cómo olvidar tus duros ojos cotidianos o las franjas fugaces del amor donde jamás podrán llegar todos tus hijos.

Cómo olvidar tus autobuses puntuales al segundo, tus controles implacables, tu burocracia eficaz hasta para ser inútil, tus innumerables VERBOTEN (Prohibido) o esos ojos llorando que me decían adiós desde una civilización que se toca una y otra vez con la mía viajando en dos vías paralelas aunque parezcan separarse implacablemente en una despedida permanente.

¿Cómo olvidar los años ensimismados frente al muro hostil de tus prejuicios que tanto nos demoramos en romper para conocer lo mejor de tus hijos: no aquellos naufragos del 68 que ya no buscan respuestas sino ascensos, sino aquéllos que dudan y buscan con nosotros; sin dogmas pero con raíces, tal vez sin partido, pero no sin clase!

¿Podré borrar de mi memoria a tus jóvenes, soñadores o perdidos, testimonio de un futuro aplastado en sí mismo que aún no es capaz de salir de sus propias amarras, en esta larga «oscuridad al mediodía»?

¿Cómo podría olvidarte cuando nuestros hijos tienen hoy más de tí de lo que les alcanzó a dar nuestra tierra lejana y traerán tu presencia a nuestra vida cotidiana más allá del regreso?

¡Alemania, Alemania! Un día será por cierto para nosotros el último y nos sorprenderá sin duda en otras latitudes: también en ese instante tendré un recuerdo dulce de tí y sabré olvidar el gris que vi en tu rostro porque al fin se impondrá la ternura sobre tu atormentado territorio. Sólo te pido a tí que me recuerdes en el dolor de aunque sea uno sólo de los tuyos...

¡Así podré saber que el mensaje que traje a estas tierras no viajó conmigo en vano!

Berlín, 1982/83



Salvador Allende con la piocha de O'Higgins en la solapa, símbolo de los presidentes de Chile.

LIBROS Y REVISTAS

«Entre la autonomía y la insubordinación»

Compiladores: Heraldo Muñoz y Joseph Tulchin.

Grupo editor Latinoamericano. 2 tomos. Buenos Aires. 1984.

Se trata de una compilación de trabajos que, en su mayoría, fueron preparados dentro del marco del programa de «Estudios Conjuntos» sobre las relaciones internacionales de América Latina que cuenta con el apoyo de un proyecto del PNUD y de la CEPAL.

Nos ha interesado especialmente el trabajo titulado «La política internacional del Partido Socialista y las relaciones exteriores de Chile» del compilador Heraldo Muñoz, que demuestra un profundo conocimiento de las vivencias sociales de este partido, protagonista indudable de más de medio siglo de historia nacional.

Los datos que ha manejado este investigador son absolutamente verídicos y su estudio constituye un valioso aporte para la exégesis de ese período.

«Les guerriers de l'Amérique Latine»

Luis Troncoso. Centro Tupac Amaru. Rouen. Francia. 1984.

El joven poeta magallánico actualmente exiliado en Francia ha editado este libro de poemas bilingüe, en español y en francés, con un hermoso prefacio del obispo brasileño Don Frago, en el cual se expresa la rebeldía y la nostalgia de los «guerreros» alejados de la patria por el viento de la dictadura.

«Mi pecho / coraza / de guerrero / taladra / el volcán / de la noche /», grita o gime el poeta sumido en su propia vorágine de recuerdos y de pasiones.

Le deseamos un buen itinerario por los caminos de la poesía.

«En Vaguant entre soi-même et le vent»

Lautaro Quintanilla. Ed. Pajarita de Papel. París. 1984.

Otro poeta chileno desterrado en París nos envía, con cariñosa dedicatoria, sus poemas también bilingües, demostración de idéntica lejanía de su patria austral.

El recuerda y sueña, como tantos otros: «Pero en el sueño el grito no es sonido / sino imagen que, apenas / asoma a la vigilia, allí se borra / He despertado, como siempre, mudo /».

Gracias Lautaro, viejo amigo, con tu nombre de combatiente mapuche y tu vigor de militante comprometido.

«Movilización popular para la democracia y el socialismo»

Ediciones Socialismo. Santiago de Chile. 1984.

Con trabajos de Manuel Sanhueza, Jaime Ahumada, Alberto Velásquez y varios otros socialistas chilenos, y con abundante documentación, nos llega esta revista publicada en Chile en medio de las sombras de la tiranía, entregando su luz y su palabra.

La hemos leído con alegría y comprensión fraternales.

«Un viaje por el infierno»

Alberto Gamboa. Ed. Araucaria. Santiago de Chile, 1984.

Este testimonio del conocido periodista chileno, exacto y profundo, nos ha emocionado hasta las lágrimas. El «gato» Gamboa sigue vivo, sigue luchando, sigue al servicio de la gran causa de la libertad y del socialismo.

Nunca lo habíamos dudado.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

- Claridad*. N.º 1. Mayo-junio, 1984. Madrid.
Plural 3. Revista del Instituto para el nuevo Chile. Rotterdam.
América Joven. N.º 37. 1984, Holanda.
Boletín Informativo. PSCH. Junio, 1984. Rotterdam.
Boletín Informativo. PSCH. Suplemento especial. Rotterdam.
APSI. N.º 147. Julio, 1984. Santiago de Chile.
El Socialismo para el cambio democrático. Ed. Socialismo. Santiago, 1984.
Cuadernos de la Unión. Órgano de la Unión de Periodistas. N.º 3. Madrid, 1984.
Boletín Informativo CUT Exterior. Junio, 1984. París.
Work Programme for 1984. Yugoslav Centre Edward Kardelj. Ljubljana, 1984.
Socialism in the World. N.º 42-43. Belgrado.
Nueva Sociedad. N.º 72-73. Caracas.
Les Guerriers de l'Amérique Latine. Luis Troncoso. Rouen.
Latinski Ameriki. N.º 6. Atenas.
Pensamiento Iberoamericano. 5a y 5b. Revista patrocinada por ICI y CEPAL. Madrid, 1984.
Política Internacional. N.º 824-25-26-27-28. Belgrado.
Boletín Sindical Chile. 1-84. Bruselas.
Apri. N.º 148-149-150. Santiago. Chile.
«Diccionario de Economía». Salvador Ossvaldo Brand. Plaza y Janés. Colombia, 1984.
Boletín Informativo CUT. Julio, 1984. Francia.
América Joven. N.º 38. Rotterdam, 1984.
La vagance entre soi-même et le vent. Lantaro Quintanilla. París, 1984.
«Entre la autonomía y la subordinación». Compilación de Heraldo Muñoz y Joseph Tulchin. Grupo Editor L. A. Buenos Aires.
Boletín Informativo. PSCH. Segmento Europa-Africa. Rotterdam.
Jove Eskerra. N.º 3. Juventudes Socialistas. Valencia.
América Joven. N.º 39. Rotterdam.
Ediciones Socialismo. Movilización popular para la democracia y el socialismo. Santiago. Chile, 1984.
Carta a los socialistas. Agosto, 1984. Santiago, Chile.
Temas laborales. N.º 4. Santiago. Chile.
Induinito. N.º 19. Bergen. Noruega.
Noticiero Latinoamericano. N.º 61. Suiza.
El Periodista. N.º 20. Santiago de Chile.
Comité Sindical Chile. 2-84. Bruselas.